

NARRATIVAS PERSONALES

1. Es mejor pan que coca.
Viviana Palacios.
2. “Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió”.
Rosalba Luna
3. Maldita no es la flor...
Sabulón Callejas. Ortega,
Sistema de Comunicación para la Paz Nodo Huila
4. Hay que amar la vida, pero también la muerte.
Islena Rey
5. Ubaldo habla de Ubaldo.
Ubaldo Hidalgo
6. Mi historia de mi destierro.
Olga María Parra
7. Aún no logro comprender.
Jennifer Pacheco
8. Se le tiene anotado el parte.
Javier Moncayo
9. La ilusión millonaria.
Arsenio Samanate
10. Una falsa ilusión.
Edwin Robert Caldón Fernández
11. ¡Pilas, civil!
Carmen Lucía Castaño
12. No olvido a mi Chocó.
Carmen Lucía Castaño
13. Pescadores en Puerto Triunfo (Una visión inolvidable).
Héctor Almanza (video en animación)

Es mejor pan que coca

Viviana Palacios (La Julia, Meta)

Producción de historia: Roberto Sanabria

La familia es una de las víctimas del conflicto armado colombiano. La violencia y la necesidad de subsistir tienden a desintegrarla. Esta es la historia de un hombre que nunca mezcló pan con coca: siempre se dedicó al pan. A pesar de vivir en un contexto de guerra, don Guillermo logró mantener unida a su familia. Patricia narra su vida de la mano de su padre.

Patricia... El pueblo

Nuestra familia siempre ha estado en frente o en medio de guerrilla o paramilitares. En los lugares donde estuvimos antes la guerrilla no era la autoridad. En La Julia, sí. El primer hecho violento que vi fue un día que pasaron unos guerrilleros con un muchacho, le tenían tapada la cara con una bolsa con camuflado y lo llevaban amarrado; tenía saco negro y botas como del Ejército, no de caucho. De él no se supo nada, pues todo el mundo trabajaba con el silencio. Se miraban y se asombraban, pero no decían nada. Ahí fue cuando me di cuenta de que en verdad mandaban.

La Julia es un pueblo más grande que Peñas, donde vivíamos antes, y se veía más la plata en ese entonces. Para uno entrar tenía que tener permiso e ir recomendado de alguien; para nosotros fue fácil porque mis abuelos estaban allá desde hacía muchos años y eran muy conocidos.

Antes de irnos mi papá nos reunió a todos y nos dijo: “allá funciona la guerrilla, les van a decir muchas cosas, de pronto a usted que es la mayorcita la van a enamorar, ojo con eso”. A mi mamá le pidió que le prometiera que no nos dejaría solas. “Si los van a invitar a coger un arma, que a una reunión, no van, me cuentan... Y si toca ir, pues van, pero conmigo”, nos previno.

Convencer a mi mamá del viaje no fue fácil porque estaba muy asustada. Mi papá le explicaba: “mire hija, la verdad es que tengo un negocio y estoy buscando la manera de sobrevivir para seguir educando a nuestros hijos”. Ella dijo que no. Al final mi padre se puso serio: “pues qué pena, pero si usted no se va conmigo entonces me tocará conseguir otra”. Al otro día mi mamá le respondió: “listo, nos vamos”.

Llegamos en el 97. El negocio que arrendó mi papá era una panadería. Nadie nos conocía, pero no fue difícil adaptarnos. Al llegar se ve el Duda, y al ver ese delicioso río uno como que queda encantado con él. El pueblo tenía una cuadra principal y unas ocho calles. Casi todas las casas eran de tabla. Había uno que otro negocio. La luz era de planta eléctrica y la ponían de 6 a 9 de la noche entre semana, al medio día una hora, y los fines de semana de las 10 a la 1 de la tarde, y de 7 a 12 de la noche para la parranda.

Para poder entrar la guerrilla primero lo carnetizaba a uno, y en ese tiempo recuerdo que exigían el examen de sida. La guerrilla no permitía la prostitución. Tenían multas por mal comportamiento: por ejemplo, si usted daba un puño eran trescientos mil. No se podía formar una pelea porque tenía que pagar una plata y encima trabajar gratis un poco de tiempo. A veces las personas tenían que durar hasta tres meses sin poder salir para que la guerrilla se confiara que no eran sapos.

El pueblo se movía bastante; los domingos salía la gente de todos los rincones y el movimiento era duro. Desde que nos levantábamos era venta pan. Manteníamos bien económicamente. Éramos los duros del pueblo, pues era la única panadería; además nos pusieron la administración de los carritos que salían para las veredas y hacían ruta, entonces yo despachaba los tiquetes, pan, dulces, gaseosa, en fin, y nunca aceptamos borrachos.

En La Julia la gente vivía de la coca. Los cultivos agrícolas como el plátano eran pocos. Además era muy difícil sacarlos por la pasada del río, pues había que pagarles a ellos. Lo que usted moviera y trabajara tenía que compartirlo con ellos. Así fuera una rifa, tocaba darles supuestamente un impuesto y ayuda para las vías. Ellos mismos compraban la coca para venderla a gente que venía de afuera. Entonces como el 90 por ciento de la gente cultivaba coca. La verdura llegaba los fines de semana. Entre semana uno se podía morir por una fruta. Nosotros comprábamos porque teníamos planta y podíamos refrigerarla.

Veíamos la coca como cualquier cosa. La guerrilla llegaba a la panadería y le decía a mi mamá: “vecina, hágame un favor, ¿cuánto me cobra por dejar esto?”, y dejaban a guardar paquetes que uno sabía que eran coca. Eso hacía que nuestro negocio fuera muy atractivo. Llegaban, y en la mesa, afuera, ponían la gramera y compraban y vendían coca. Imagínese, era como si usted fuera a comprar una libra de arroz, eso era normal. La gente no se extrañaba. Los guerrilleros le decían a uno: “venga niña tenga diez mil, tráigame tal cosa”. Así de sencillo.

Veíamos llegar grandes cantidades de plata, que las bajaban ahí en la panadería y se las pasaban a la guerrilla; a mi papá se las dejaron a guardar muchas veces. Él les servía, mas no se comprometía con ellos, y ese fue el punto de discordia más adelante.

Al negocio llegaban todos con plata, con cien, doscientos millones de pesos en una tula, y le decían a mi papá: “esto es para fulano, guárdelo ahí mientras viene”. Luego venía el fulano y reclamaba la tula. Hacían negocios como de secuestros, en los que llegaban personas a hablar con ellos y les decían: “a usted le toca dar tantos millones”. A mi papá eso empezó a parecerle muy riesgoso para la familia.

La guerrilla siempre pedía colaboración de la gente. Por ejemplo, cuando la toma de La Uribe en 1998, hubo enfrentamientos con el Ejército y a los hombres de las casas los reclutaban para ir a ayudar a pasar guerrilleros heridos y muertos en camiones, y los señores tenían que ir a ayudarles a arreglar los muertos.

Mensualmente se hacían reuniones para los hombres del pueblo, les hablaban, y luego tenían que ir a ayudar en los campamentos, a organizar y cosas así. A mi papá le tocó ir una vez y después nos dijo: “si usted va la primera vez, a lo último está ahí, no se da cuenta y después no se puede salir”. Por eso muchas veces se les escondía para no ir. Esa vez que fue, volvió llorando y diciendo que ojalá nunca tuviéramos que ir por allá, porque encontró una niña llorando y eso lo impactó y llegó mal a la casa. “Nunca se les vaya a ocurrir escuchar a esa gente”, nos dijo. Decían que allá cuando entraba una niña se tenía que acostar con el comandante primero.

Don Guillermo recuerda...

Muchos del comercio colaborábamos porque nos tocaba, porque era una orden, pero yo trataba de mantener la distancia. Un día nos invitaron a varios del comercio a un campamento y nos dijeron: “usted y usted, deben entrenar, deben hacer un curso de manejo de armas y estar preparados para esto y esto, para no sé qué más...”. Nos atendieron muy bien y regresamos de noche a la casa. Como al mes volvieron a reunimos y nos dijeron que fuéramos a hacer un curso en otro departamento, y de ahí había opciones de ir a Cuba; viendo eso les dije: “miren, yo les colaboro en lo que esté a mi alcance, pero tengo mi responsabilidad, mi negocio, mi familia, y debo estar pendiente de ellos”. Ese día empezaron a hacerme a un lado.

Patricia... La seducción

Los guerrilleros eran persistentes. Al colegio llegaban y nos hablaban y decían que uno se tiene que organizar y claro, convencían a más de uno. En mi salón había pelados que hoy hacen parte de ellos. También había amigos que cargaban un arma. Por ejemplo, tenía dos compañeros de dieciséis y quince años que cargaban armas, y ellos lo invitaban a uno a entrar. A mí el primero que me invitó fue mi cuñado, el hermano de mi novio. Novios de niñez, de solo carticas. Alguna vez me lo insinuó: “mire Patricia, a uno le enseñan a manejar un arma, a cuidar el pueblo, a ver quién llega, eso es chévere, usted solamente va, y si le gusta se queda, si no pues no”. “Ah, pues bueno, un día de estos voy”. Sí ¡cómo no!, pensé.

Hacían reuniones en la cabaña, unas instalaciones muy buenas en medio de un monte, donde se dictaban los cursos y toda esa vaina. Tenía sus buenos salones, hechos de material y guadua, bien bacanos, como para incitarlo a uno. Estaba como a quince minutos del pueblo, después de la cancha de fútbol; uno se metía y encontraba el matorral bien escondido, yo creo que desde arriba no se veía, bien tapadito en el monte, con palmas y todo eso, bien limpiecito y todo.

Cuando estábamos haciendo la despedida de primaria nos fuimos a pedirle al que manejaba el pueblo en ese momento que nos colaborara para hacer una actividad; nos preguntó: “¿ustedes ya están organizados?”. Habíamos dos que no, el resto sí.

Le pregunté: ¿qué es estar organizado? “Estar en un grupo”, me dijo. Había varios combos bolivarianos, varios jóvenes que se encargaban de cuidar el pueblo y los empezaban a enseñar para después tener un buen defensor del pueblo, decían ellos. Le dije que claro, que nos íbamos a organizar, y entonces nos dio una ternera que luego rifamos.

A la panadería llegaban los guerrilleros y dejaban las armas ahí, a nuestra vista. A mi hermano le decían: “venga chino, mire, tóquela, está bien bacana, ¿sí o no?”, y también gastaban lo que uno quisiera.

Yo tenía once años cuando me mandaron como tres guerrilleros, bien buenos, uno de civil y dos uniformados; llegaban cada ocho días a conquistarme, me invitaban a bailar, y en la discoteca le echaban a uno el cuento de siempre: “me gustas mucho, usted es muy linda, yo la he estado viendo y si usted me quiere yo la quiero”. Que él me cuidaba, que me fuera con él, que eso era chévere, que eso lo trataban bien, que allá mantenían a lo bien, lo que uno pidiera se lo daban. Yo recordaba lo que me había dicho mi papá antes de irnos: “a usted la conquistan y usted de boba se va”. Entonces les decía: “no, pues tengo que pensarlo”. Los evadía. Mi papá nos había prevenido a todos.

Los amigos que sí se fueron, estudiaron conmigo quinto de primaria. A muchos ya los mataron. Otros están allá o no se sabe nada de ellos. Sé que tres están muertos. Cuando fue la toma de Puerto Lleras en 2002, vi a uno en la televisión, el primero que me incitó, mi cuñado. Lo capturó el Ejército. Fue un viernes por la noche que mi papá me dijo: “Patricia, mire a su amigo, lo pusieron a hablar”. Ahí le pusieron un alias, pero su nombre era otro.

Mi papá nos decía: “los van a empezar a llevar, los van a entusiasmar, y el que no tenga una base se deja convencer”. Eso fue lo que les pasó a ellos, incluso a un tío mío que se fue con ellos en ese tiempo, el hermano menor de mi papá. Hoy no sabemos de él.

Un día llegó un señor a la panadería. Pidió algo de tomar y le dijo a mi mamá: “señora, le digo una cosa, si este mundo tiene culo, este es el culo. Vengo viajando hace como quince días buscando a mi hijo”. Mi papá hacía pan y nosotras atendíamos cuando el señor miró pasar a unos guerrilleros, y arrancó a correr para adentro de la casa. Los guerrilleros lo vieron y se vinieron corriendo también; el señor iba corriendo y el guerrillero atrás le gritó: “¡Alto ahí hijueputa, se tira al piso o quiere que lo mate!”. Lo cogieron en la sala; el comandante lo tiró al piso, lo amarraron, le pusieron el pie en la espalda con el revólver en la cabeza y lo sacaron. El señor les decía: “no me hagan nada que yo no soy, no soy”, les gritaba y les lloraba; les decía “mano, yo no soy, hombre, yo vengo buscando a mi hijo”, y el otro le decía “qué va, usted es un sapo, yo lo sé, no sea hijueputa, no sea...”. Mejor dicho, todas las palabras asquerosas que pueden decir ellos. Lo sacaron amarrado, le dieron pata, puño, no

sé qué más le hicieron a ese pobre señor. Ahí delante de todo el mundo le decían “usted ya está muerto”, y lo sacaron del pueblo. En el cruce para ir a la finca de mi abuela lo hicieron cavar el hueco, lo arrodillaron, le metieron un tiro y lo taparon. Era un señor ya mayor, más o menos de cuarenta años, y tenía gafitas. Yo lo recuerdo bien, al pobre.

Viendo la situación, cuando iba a cumplir los trece, mis papás decidieron sacarme de La Julia y mandarme a estudiar a Granada.

Don Guillermo recuerda...

Patricia estaba estudiando, y para sacarla fue un problema porque cuando se iba nos cayó la guerrilla. Llegó un comandante y me dijo: “usted sabe que aquí no hay autorización para sacar los hijos a estudiar, porque vamos a hacer unos colegios y aquí mismo se van a educar”. Le dije: “hombre, qué pena con usted pero nosotros ya tenemos eso decidido, incluso ella ya tiene el cupo y todo en el colegio”. El tipo se puso furioso. Entonces le dije: “hable con ella, a ver qué le dice”. Cuando hablaron, Patricia me contó que le había dicho: “yo quiero capacitarme, y cuando lo esté podré servir, incluso a ustedes mismos”. El hombre viendo la situación dijo: “pues yo le aviso”; luego vino, y esa vez lo conocí, al tal comandante del frente 40, y me dijo: “ya hablamos con la muchacha y la orden es que salga a estudiar; esa nos ayuda más adelante”.

El negocio se fue vinculando con la comunidad; la gente, la guerrilla, los comandantes, llegaban tranquilamente. A veces me pedían ocho, siete millones en pan, y yo no lo podía hacer de un día para otro, entonces hablaba con la otra panadería: mano, necesitamos para mañana entregar tres o cuatro millones en pan, haga usted la mitad. Y duraba todo un día sin dormir, hasta dos días para entregar ese pan. Muchas veces estábamos sacando las últimas latas y ellos ya estaban en un carro último modelo esperando el pan. En muchas ocasiones llevaban el pan y me decían: “hermano, en unos días le tenemos la plata, fresco”. Llegaron a deberme ocho, diez millones, pero después me pagaban. Ya estaba yo bien metido en eso cuando llegó el comandante y me dijo: “hermano, usted tiene que hacer parte de nosotros”. “Ahí vamos viendo”, le dije. “No, es sí o no”, me dijo. No fue más lo que hablamos.

Una vez me mandaron a hacer tres millones de pesos en pan, después otros cuatro. Los repartí con el señor de la otra panadería. Me pagaron cuatro y me quedaron debiendo tres; le di la parte al otro panadero, entonces quedé sin nada prácticamente. Como a los seis meses, el comandante estaba en mi negocio.

–Comandante, necesito el saldo –le dije

–No cuente con eso, es colaboración para la guerra. Lo que pasa es que usted no está de acuerdo con nuestro movimiento y aquí el asunto es que las personas están con nosotros, o si no, pues se van

–Hermano, usted me debe una cuenta, es que a mí me toca aquí sudarla, he pasado noches en vela para poderles cumplir

–Mejor dicho, ¿sabe qué? Tiene quince días de plazo para que se vaya –me dijo ofuscado

–Hombre, pero no le debo nada a nadie, ni estoy metido en nada, yo me voy de aquí el día que quiera irme, además no tengo temor de nada

–Usted verá, lo cierto es que tiene quince días de plazo

No lo tomé en serio, pero me quedó sonando la cuestión.

Había un muchacho guerrillero de nuestra confianza, lo apoyábamos, entraba a la cocina y esculcaba las ollas. Un muchacho que quedó huérfano antes de meterse a la guerrilla. Un día llegó y desde que entró lo noté mal. Me dijo: “hermano, es que el comandante dio la orden de que cualquiera lo puede matar. Usted es mi gran amigo, yo lo aprecio, hermano, váyase”. No le creí, por eso insistió: “es en serio, si esto sale de la boca de los dos estoy en riesgo”. Ahí sí me quedé callado. Analizando toda esa situación me dije, “yo lo que estoy es metido en la vaca loca, lo mejor es emigrar”.

Le comenté a la mujer. Pasamos la noche conversando, y finalmente le dije que me iba y que ella se quedara manejando el negocio. Salí a las 6 de la mañana, iba con pantalón corto, tenis, un líchigo, una linterna, un anzuelo y unos panes. A la una venía llegando al caserío Muriba, cuando vi un carro que venía solo con el chofer y un pasajero; lo paré, iba para Granada. Le dije: “hermano, no le pare a nadie, yo le pago el expreso”. Llegamos a Granada casi al anochecer. Era el dieciocho de diciembre de 1999.

A los pocos días mi mujer le vendió la panadería a un señor que le dio una parte de la plata y el resto al mes. Ella se vino para Granada con los otros pelados. Se cumplió el plazo y ella fue por la plata, y el señor le dijo: “dígame a Guillermo que venga y yo le pago”. Entonces le dije: “mija, usted sabe que no puedo volver, esa plata se perdió”.

Patricia... Las coqueras

Salí de La Julia para un colegio femenino en Granada. En noveno la cosa se complicó, pues mis papás, que ya estaban en Granada, no tenían cómo pagarme la pensión, aunque mi papá me ayudó a conseguir los libros. Nunca olvidaré que fue en cicla con mi hermana a llevármelos desde Granada hasta el colegio, que quedaba bien retirado, en un maletín; se le dañó la cicla, pero allá llegó con los cuadernos. Al final del año mi papá me dijo: “mamita, no puede seguir estudiando allá, le toca salirse y estudiar a distancia”. Triste y todo, tuve que salir.

Tenía un novio. Estaba aburrida, pues me sentía como una carga para la familia. Él me propuso que nos fuéramos a vivir y acepté. ¡Fue un gran error! Quedé embarazada como a los cuatro meses de convivencia. Tuve mi bebé el 23 de enero del 2004.

Me fui con él a trabajar a La Jungla, área rural de San Martín, a administrar unas coqueras. Duramos diez meses por allá. La Jungla era un pueblito parecido a La Julia, con la callecita central y unas tienditas y restauranticos todos chichipatos. Allá conocí a los paramilitares, que se portaron serviciales, pues íbamos recomendados por el patrón. Para llegar allá se debe tener permiso y quedar registrado al entrar como al salir; las mismas estrategias de la guerrilla.

El trabajo consistía en arreglar las coqueras que estaban abandonadas, fumigarlas para el gusano, *desenrastrar* y hacerle mantenimiento como a cuatro hectáreas. Cuando estuvieron buenas, se alistó la cogida. Yo me encargaba de cocinar para los *raspachines*.

Don Guillermo recuerda...

La situación para nosotros en Granada iba de mal en peor. Una vez tuve que ir a pedir huesos a la plaza, pues si un día tenía yuca no tenía plátano. Llegué a relacionarme con malas amistades y me emborrachaba seguido. Un día reaccioné y dije ¡no! Mis padres me enseñaron otra cosa y mis principios son otros, tengo que dejar esto, así me toque pedir limosnas o hacer lo que sea. Son muy buenas propuestas, pero siempre haciendo el mal; si yo me meto en esto, también voy a morir.

La guerrilla estaba en todas partes; en talleres convocados por la Pastoral había infiltrados de la guerrilla que se hacían pasar por desplazados.

En dos oportunidades estuvieron a punto de matarme los paracos. Me salvé porque nunca me encontraron pruebas de que de verdad yo hubiera sido parte de la otra gente. En una de esas oportunidades le dije a uno de ellos, lleno de furia: “en estos momentos soy capaz de matarlos o hacerme matar porque me han hecho una cosa y otra, me han humillado, han hecho de todo conmigo, y lo único que he hecho yo es servirle a la humanidad”.

Esas situaciones no las conoció mi familia, porque para qué les iba a infundir odio hacia esa gente. Lo que busco es diferente. Les he dicho que si alguien les falta o comete un error lo perdonen, porque por eso la sociedad está desintegrada, ya que si nos sentimos agredidos de una vez vamos y si no lo aporreamos lo matamos, y esa no es la forma: hay que sentarse a dialogar con la persona y llegar a un acuerdo y mirar cuál es la diferencia. A pesar de la situación o el color político que sea, así es como se llega a un acuerdo, pero no dañando la gente a plomo. Yo creo que si en esas dos ocasiones no me mataron es porque mi Dios me tiene para otras cosas.

Patricia... Estoy viviendo todo lo chévere que no viví

Volvimos a Granada el 20 de diciembre de 2004; volví flaca, en talla seis, con ese trabajo y dándole pecho al niño, madrugando de esa manera, y encima la sexualidad. Traíamos buena plata, por eso pasamos bueno esa navidad. Compramos moto, televisor, mini componente, otra estufa, buena ropa, el *estrén* para mis papás y hermanitos, para la familia de él, que la ancheta; eso le repartimos a todo el mundo.

Decidimos quedarnos en Granada con el plante que teníamos. Mi papá me dijo por esos días: “mamita, usted mantiene muy encerrada en su casa, abra los ojos”. Algo habría visto, pero no dijo nada más. Le pregunté que por qué y me dijo: “yo soy un hombre y los hombres es muy feo que sean chismosos”.

Días después cogí a mi marido, estaba con otra mujer y se besaban. Quedé en *shock*. Nos separamos. Le dije a mi papá que si me volvía a recibir en la casa con el niño y me dijo: “¿Sí mira, hija, ese error que cometió? Ese muchacho yo pensé que era serio, fue capaz de sacarla de la casa pero no de devolverla, pero esta es su casa”. Lo abracé y me puse a llorar.

Me he vuelto como más *verraca*: si me sale un problema, pues lo enfrento. El apoyo de mis papás ha sido fundamental, me animan: “mamita, siga estudiando, siga adelante”. Mis amigos me dicen: “Patricia, usted es bonita y joven por eso no se achante, que después viene el suyo”. Estoy viviendo esa parte de la juventud alegre, chévere, que no viví antes. Al lado de mi padre y mi familia, que nunca me han abandonado, estoy recuperando los años perdidos, de los cuales solo me quedó mi hijo, a quien amo.

“Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió”

Rosalba Luna (Pamplona, Norte de Santander)

Yo aprendí que uno aquí en la tierra no es dueño de nada. Si alguien llegara y me dijera en este momento que me largara, me iría. Vivía con mi esposo en un pueblito del Cesar. Tenía un clima muy agradable y una tierra muy fértil, todo lo que se sembraba producía. Allí teníamos una finca a medias que también administrábamos. Se cultivaba café, cacao, plátano y aguacate. Con los ahorritos nos compramos un lote en el pueblo y empezamos a construir la casita, la idea era terminarla con todas las de la ley para podernos ir a vivir allá.

Primero me tocó a mí

Pero... Comenzaron a llegar grupos armados de un lado y del otro, pasaban por todas las veredas y mataban gente. Luego entraron al pueblo y acabaron con el puesto de Policía. Se enfrentaron, y hubo muertos de ambos lados. Los poquitos que quedaron vivos del grupo ilegal enterraban a los suyos como iban cayendo. Según entiendo, la organización de ellos va vigilando los que dejan sepultados. Después empezaron los comentarios de que se estaban desapareciendo los muertos del grupo armado. Por esos rumores, mi esposo empezó a tener problemas. Una señora mal intencionada dijo que mi esposo era el único que cada dos o tres días bajaba al pueblo. Él solo bajaba a hacer la casita.

Cuando estos cuentos llegaron a oídos de la guerrilla, empezaron a subir a la casa. Hicieron como tres viajes. Llegaban como locos a preguntar por mi esposo y nos esculcaban todo. Nos pedían que les dijéramos dónde estaba. Yo les decía que él no tenía ningún problema con nadie. Debido a esas visitas tan extrañas y repentinas, me angustié y le pregunté a mi esposo: “¿por qué la guerrilla te está buscando?” Él me dijo: “no nada, yo no tengo problemas con nadie”. No entendía por qué lo buscaban y decidió ir a preguntarles. Ellos negaron que lo estuvieran buscando o que tuvieran algo en su contra. Esa situación nos puso muy mal, nos desmoralizó, porque aunque usted no busque el problema, se lo recuestan. Entonces mi esposo decidió vender la casa que estaba en construcción, entregamos la finca y nos vinimos para Cúcuta.

A los tres días se supo la verdad. Un señor del pueblo llamó a los guerrilleros y les dijo: “yo fui el que saqué al comandante, porque era un gran amigo y lo encontré con poca tierra, casi destapado, y decidí llevármelo y enterrarlo en el jardín de mi casa”.

En Cúcuta nos establecimos desde el 90 hasta el 96, pero mi marido se empezó a engordar y su salud empeoró. La ciudad lo estresaba y eso le ocasionó dos preinfartos. Para aliviar un poco su salud y su ánimo decidimos visitar a la familia en el Cesar. Primero entramos a saludar a la suegra, y bajando pasamos por donde mi mamá que vivía en La Sierra. Mi esposo se enamoró del clima. Era como si renaciera con la naturaleza, se sentía mejor. Nos fuimos de visita y terminamos quedándonos. Llamamos a mi hermana para que mandara a los dos hijos mayores, que estaban estudiando en Cúcuta. Los recibí en el pueblo y subimos. Nos instalamos en La Sierra, compramos una finca y establecimos una parcela en otra vereda lejana, allí nos fuimos a vivir.

Luego fue Pedro

Todo duró sólo cinco años, porque la situación se puso demasiado violenta por todas partes. Si no era la guerrilla eran los *paracos*, pero no había lugar tranquilo. En ese año, el 2001, la guerrilla retuvo a uno de mis hermanos. Todos lloraban, pero yo no podía hacerlo. Sentía que el pecho se me reventaba, y lo que hacía era salir corriendo por la carretera y gritaba su nombre como llamándolo.

La Guerrilla afirmaba que mi hermano se había vuelto *paraco* en Cúcuta. Pero no. Como yo no les tenía miedo, lo buscaba en los campamentos y donde fuera. En una de esas visitas, hablé con ellos y les dije que si querían yo les ponía la cabeza, venía y los traía a la ciudad y los presentaba con los señores Prada, maestros de construcción con los que había trabajado mi hermano, para que les preguntaran. Pero había otra razón por la que sospechaban de él: se había cambiado el nombre porque no le gustaba llamarse Luis como mi papá. Cuando cumplió la mayoría de edad, fue a la Registraduría y se lo cambió por Pedro. Entonces, la guerrilla decía que se había cambiado el nombre para hacer fechorías. Pero no, en ningún momento.

Después de doce días nos mandaron una nota citándonos a una reunión, donde nos iban a decir algo sobre mi hermano. Cuando supe de la nota, la emoción y la esperanza de volver a verlo era tan grande que salí corriendo, corriendo, hasta que no aguanté y me desmayé. Cuando desperté, empecé a gritar, a tirar gritos al aire. Yo no sabía que en esa misma montaña donde estaba gritando, más abajo, tenían a Luis, mi hermano. Él me escuchó y les dijo: “es mi hermano, esa es mi hermana”. Los guerrilleros le decían: “ah sí, pero ella va gritando de alegría, porque usted está con nosotros”. Mi hermano: “cómo se les ocurre, si yo sé que cuando ella pega esos berridos es porque tiene ganas de llorar, ella no llora. No sean maricas que ella no llora”. Los guerrilleros dijeron: “pero nosotros la hemos visto muy feliz para arriba y para abajo, ella ha venido a hablar con nosotros riéndose, ella vive muy feliz de la vida”. Mi hermano: “no, yo la conozco a ella ¿cómo la van a conocer ustedes mejor que yo? Le voy a contestar...”. Y le taparon la boca para que no gritara. Estaba como a dos cuerdas. Yo pegué como cuatro o cinco gritos y me fui para donde mi mamá y mis hermanas. Asistimos a la reunión que nos citaron, en un salón de escuela. Recuerdo que ese día había muchísima guerrilla. En esa entrega yo no sé ni qué sentía. Mi mamá temblaba toda...

Yo pienso que uno a veces comete errores. Cuando a mi mamá le da rabia no piensa lo que va a decir, es muy ofensiva. Como la tenía al lado le decía: “mamita, no vaya a hablar nada ya que los tenemos aquí al frente, mire que si usted dice algo no nos lo entregan, no vaya a decir nada que lo comprometa”. Entre los dientes, ella susurraba: “yo los mato a esos perros”. Me tocó taparle la boca. Uno de los comandantes me vio y dijo: “¿por qué le tapa la boca a su mamá?”. “No, si yo no le estoy tapando la boca, le estoy quitando el sudor que tiene en el bigote”. Cuando yo veía que las venas del cuello de mi madre se ponían grandes, inmediatamente le tapaba la boca, porque estaba a punto de *triplearles* madres y de todo. Si ella llegaba a decirles algo echaba a perder todo lo que habíamos construido, y si lo iban a entregar ya no lo hacían.

Empezaron a darnos una charla y de pronto vimos que entró mi hermano. Cuando lo vi pegué unos berridos y solté la risa. Mi familia se puso a llorar. Yo no. Sólo me reía y me reía. Sentía que el corazón se me iba a reventar. Me traicionaron los nervios. Se

me descontroló el alma, digo yo. Mi mamá solamente decía: “él es el hijo de mi alma”. Ella no podía decir nada más de la alegría. Pero no lo entregaban porque Antonio, mi hermano mayor, en una ocasión les dijo: “si a mi hermano menor le llega a pasar algo, perros, me las pagan”. La guerrilla lo tomó como una amenaza. Entonces, nos advirtieron: “ellos dos no pueden salir ni al pueblo y de hacerlo matamos a toda la familia, tendrán que demorarse dos años sin salir de la finca, ni siquiera a La Sierra”. Recuerdo ese día, doce de octubre de 1999. La guerrilla se puso a investigar, y como se dieron cuenta que la amenaza no era cierta decidieron entregárnoslo. Mi hermano psicológicamente salió muy mal, aturdido. Le daban comida, pero el encierro lo afectó mucho.

Después de ese hecho la guerrilla me tenía vigilada. A mí no me sancionaron pero no les había agrado nada que fuera lograda la liberación de mi hermano. Había otra cosa que les molestaba mucho: varias veces trataron de lavarles el cerebro a mis hermanos, pero ellos nunca aceptaron irse a las filas; las mujeres tampoco dimos el brazo a torcer. ¿Cómo no va a molestarles que una gala de muchachos todos jovencitos esté por ahí sin colaborarles a ellos? A la guerrilla no le sirve la gente que no les ayude.

Después le tocó a Raúl

El malestar de ellos no se quedó ahí. Raúl, otro hermano que era el encargado de cuidar la finca de la familia y de ver por mi mamá, llevaba ocho días secando café y vendiendo la cosecha en el pueblo. Yo había bajado en la mañana de ese 22 de diciembre de 2000 a visitar a mi suegra, y me encontré con él. Le pregunté: “¿vas mañana para arriba?” Me dijo: “no, tengo que terminar de secar café y voy a esperar a mamá que está en el otro pueblito. Mañana nos vemos, me guardas almuerzo, ahora es que no me hagas y te vas a la casa tuya”. Le dije que sí y me despedí: chao pescao. Me monté al camión; era grande, porque subía bastante gente a La Sierra. Yo recuerdo que ese día se quedó en la mitad de la calle mirándonos ir. Empezamos a tirarle crispetas por encima. Él nos dijo: “juemadre, cómo no me las dieron en la mano”. Le hicimos bromas, le tiramos como tres puñados de crispetas. El camión arrancó y él se quedó ahí... Esa fue la última vez que lo vi, el último recuerdo.

Esa noche Raúl estaba con su esposa esperando a mi hermana Nubia, que llegaba de Cúcuta. Cuando ella llegó fueron a comer a un asadero de pollo llamado Rancho Alegre. Allí también se podía bailar, era un sitio familiar. Cuando estaban ahí llegaron dos muchachos conocidos del pueblo, y le pidieron permiso a Raúl para bailar con ellas. Estaban bailando cuando llegaron unos tipos y sacaron a uno de los muchachos que estaba con ellas, y lo mataron. Los rumores decían que era porque había tenido vínculos con uno de los grupos armados ilegales. Inmediatamente, ellas salieron gritando a buscar a Raúl, mi hermano, pero ya no estaba. Se lo habían llevado. Desde ese día jamás volvimos a saber de él.

Todo esto pasó en el César, donde vive mi mamá. Yo vivía en La Sierra, Norte de Santander. Hasta el otro día en la tarde me enteré de la noticia, porque del pueblo a la vereda donde estaba es lejos. Uno de mis hermanos llegó hasta la casa y nos contó: “a Raúl se lo llevaron y no sabemos si serán los *paracos* o la guerrilla, no sabemos quién lo tiene”. Sospechamos de todos. Eso sí, no teníamos miedo, porque mi hermano no debía nada.

Yo lo conocía muy bien, él veía por mi mamá. Se la pasaba en la finca y únicamente bajaba al pueblo a hacer mercado o a vender la cosecha. Él me comentaba todo lo que hacía; no tenía vínculos con ningún grupo ilegal o armado, no tenía malas costumbres, ni nada. Era un *pelao* al que nunca le gustaba meterse en problemas con nadie. Tenía una forma tan linda de decir las cosas... Lo llamaba a uno y le decía: “mira, que tal cosa no me gustó, por esto y esto, hay que hacer las cosas bien hechas”. Él era de un alma muy limpia.

A los tres días bajé al pueblo a buscarlo. Fui a la Policía a poner la denuncia y me insultaron: “es que ustedes son una parranda de guerrilleros”. Les dije: “¿cómo señor? Vengo con todo el respeto a pedirle ayuda, no a que me insulten. ¿A usted le consta, acaso me ha visto con un arma? Soy madre de familia de cinco hijos, casada, y si mi hermano tuviera alguna relación con un grupo, créame que jamás vendría aquí a buscar ayuda. Pero como yo sé que mi hermano no debe nada, pues vengo a las autoridades. La gente dice que hay que dar parte a las autoridades, y eso es lo que estoy haciendo”.

Como no recibí ninguna ayuda decidí ir yo misma a buscarlo. Primero fui hasta el asadero de pollo a preguntarle a los meseros si habían visto algo, o si sabían quién podría habérselo llevado. Dijeron que no. Yo esperaba cierta ayuda porque eran conocidos míos, pero no. Allá no le dan razón de nadie, por tanta inseguridad. Primero que fue el DAS, la mano negra, llegaban y barrían con todo. Después apareció la guerrilla, la bonanza de la marihuana. En ese tiempo sólo sobrevivía el de la mano más rápida para matar. Por todos esos hechos, no le dan razón de nadie. Desde muy pequeña he estado acostumbrada a ese ambiente, el Cesar ha sido una de las zonas más afectadas por toda clase de violencia.

Ese viaje fue totalmente inservible. Los meseros del restaurante no me dijeron nada. Allá nadie ve nada. Entonces volví a La Sierra. Por el camino había un retén de los *paracos* donde revisaban todo y comparaban el nombre de la cédula con los que tenían en una lista. Si aparecía en ella lo mataban ahí, de frente, delante de quien fuera. Ese mismo día vi al comandante de la Policía con los *paracos*. Cuando se dio cuenta de que yo lo reconocí, trató de disimular y se agachó. Se tapaba con la gorra que tenía puesta. Al ver su reacción en aquel momento, yo volteé la cara para otro lado y me hice como si no hubiera visto nada.

Llegué a la finca y le conté a mi esposo y a mis hermanos lo que estaba sucediendo. Mi esposo me decía: “cuidadito se mete en problemas, pero salga y lo busca”. Él

nunca se opuso, pero sí me reiteraba que tuviera cuidado cuando fuera hablar. Lógico, en esa zona yo no me podía mover muy fácilmente y tenía que ser prudente para buscar a mi hermano; si llegaban a agarrarme, quien fuera, no debía hablar más de lo normal porque comprometía la integridad de la familia. Pero yo pensaba: si no debemos nada ¿qué puedo decir? Guerrilla todo el mundo sabe que hay, hasta en la sopa. La mayoría de los *paracos* que hay abajo saben cómo es la movida porque ellos fueron guerrilleros y se salieron. ¿Entonces?

Volví a bajar como a los tres días y seguí bajando continuamente para buscar a mi hermano. Donde me decían que había muertos sin familia, para allá me iba. Visité casi todos los cementerios de las poblaciones cercanas. También buscaba entre los cadáveres que aparecían en la carretera.

Todo ese tiempo de búsqueda como que no pensaba. Sentía que se me juntaba el cielo con la tierra. Sólo quería encontrar a mi hermano. Era tanta esa angustia que una vez yo dije delante de un señor: “¡la próxima vez me les voy a meter en la hacienda Veracruz –que era donde estaban los propios mandos de los *paracos*– Así me maten! Es mi hermano el que está en peligro, y yo voy hablar con los propios mandos. No creo que ellos sean tan brutos de matarme”.

Como yo seguí buscando a mi hermano, la guerrilla se dio cuenta que llevaba tres viajes al pueblo, y no les gustaba pero nada. Un día, cuando mi hermana llegaba con los hijos de recoger café en el pueblo, se le acercó un conocido y le dijo que me sacará de ahí cuanto antes porque la guerrilla pensaba matarme por estar haciendo vueltas para rescatar a Raúl. Mi hermana le contestó: “pero ella no está haciendo nada malo, simplemente quiere saber quién lo tiene y dónde está”. Él le dijo que no podía decirle quién lo tenía ni las razones por las que se lo habían llevado, y que nosotros ya habíamos recibido amenazas y no hacíamos caso. Una vez más, le advirtió a mi hermana: “es mejor que ella salga cuanto antes porque de esta semana no pasa, ya le han hecho varios viajes pero no la han encontrado. Si quiere recibir consejos, tómelos. Cuidadito va a decir quién le dijo, porque esta información es confidencial y si se llegan a dar cuenta el que se va para el otro mundo soy yo. Nadie debe enterarse de esto, simplemente que a mí me da un pesar con la muchacha... Yo sé que ella solo está buscando al hermano, y no ha dicho cosas comprometedoras todavía”.

Y toda la amenaza fue porque la guerrilla, en una ocasión, nos dijo que “dejáramos la *bajadera* al pueblo porque íbamos a tener problemas con ellos”. Yo les contesté: “ah no papá, que yo sepa vivo en un país todavía libre, ¿no? Yo aquí encerrada no puedo vivir, bajo al pueblo por mis cosas y por el mercado; además, me hace falta la ciudad, no se le olvide que yo viví unos años en la ciudad y estar aquí en La Sierra me aburre mucho”. Nosotros nunca vimos esa conversación como una amenaza. A ellos no les agradaba mucho que estuviéramos bajando al pueblo; se sentían inseguros porque ninguno de mis hermanos se quiso ir con ellos. Entonces pensaban que uno los iba a *sapear*. Los que me querían matar era la guerrilla, para cerrarme la boca; a

ellos no les servía que yo siguiera buscando, y mi hermana se asustó mucho. Ya se había desaparecido uno de los hermanos y sabía que yo no encontraba pista alguna. Ella no iba a permitir que otra hermana saliera lastimada.

Después de esa advertencia mi hermana me envió un papelito a La Sierra. Allá no se podía mandar nada porque hacían requisas, bajaban todos los *chiringos* y los revisaban para ver quién era guerrillero y quién no. Y pobre de uno si le daba miedo porque lo ponían contra la pared con un arma en la frente, y al que se pusiera a temblar le preguntaban qué debía. Si se ponía nervioso lo amenazaban hasta que pareciera culpable y terminaban matándolo sin deber nada. Había muchachos que mataban que uno sabía que eran hasta “tontos”, que no tenían vínculos con ninguna organización. Los mataban porque tuvieron miedo: ¿a quién no le va dar miedo ver cómo matan a otro al frente suyo? Mi hermana había vivido de cerca esa situación, y con la amenaza en contra de mi vida estaba aterrorizada. No quería subir a La Sierra. Entonces decidió enviarme un mensaje escrito con un “tontico” de la vereda, y le dijo que si los *paracos* lo amenazaban se tragará la nota.

En el papel estaba escrito: “Baja con los niños más pequeños, echa los papeles de todos. Una vez llegues a La Sierra, te subes al carro y no te dejas ver de nadie hasta que llegues hasta donde yo estoy, porque tengo que decirte algo importante”. Ella no me explicaba nada. Yo hice lo que me pidió. Cuando llegué a la entrada del pueblo había un taxi, cosa que era muy extraña porque son muy pocos. Pararon el camión en el que iba y me subieron al taxi. Me llevaron por unos barrios que no conocía. Cuando llegamos a una casa mi hermana me dijo: “ahora que se fue el taxi te puedo contar qué está pasando. La guerrilla te está buscando para matarte por estar averiguando dónde está Raúl”. Hasta ahí llegó la búsqueda mía. Me pusieron entre la espada y la pared. Era que mis hijos se quedaran huérfanos o encontrar a mi hermano.

Al otro día mi hermana amaneció más tranquila y decidió subir a La Sierra a hablar con mi esposo. Le contó lo que estaba pasando. Inmediatamente él empezó a recoger la mejor ropita y la echó en una maleta pequeña. Como tenía que recoger una plata que teníamos prestada se demoró unos días más. Hizo esas vueltas y al final dejó todo tirado. Cumplí doce días encerrada en la pieza donde mi hermana me había llevado para esconderme. Para mí fue eterno el tiempo que estuve allí.

Mientras tanto, el grupo que me estaba buscando fue cuatro veces a la residencia donde yo me quedaba cuando bajaba al pueblo. La señora, que era amiga mía, preocupada me dijo: “Ana, yo no sé qué está pasando, pero aquí siempre vienen a buscarte, llegan como locos”. “No les ponga cuidado, simplemente van por una encomienda”, le dije para no asustarla. “Si me preguntan, diles que me fui del pueblo para siempre y verás que no vuelven a molestar”. Eso hizo la señora y no regresaron.

Mi esposo acabó de recoger y se despidió de la mamá. Compró pasajes a Cúcuta y a todo el que nos preguntaba le decíamos que íbamos para Barranquilla. Así despistamos a muchos, pero no a la guerrilla. Aquí en Cúcuta estuvieron vigilándome

por un tiempo, y al ver que lo único que yo hacía era “de la casa al trabajo y del trabajo a la casa”, creyeron que me había olvidado totalmente de mi hermano. No volví hacer vueltas, dejé todo quieto, como si no hubiera pasado nada.

Y otra vez nos tocó a nosotros...

Ya se lograrán imaginar: con el cielo aplastado contra la tierra, y en la cabeza de uno no se encontraba ni principio ni fin. Conocía Cúcuta porque yo ya había vivido acá y eso me salvaba un poquito, pero el problema es que llega uno con la mente trastornada, como diríamos nosotros. Y esa situación por la que yo pasé no se le desea ni al peor enemigo. Entonces son cosas que es bueno comentarlas porque uno como que desahoga el corazón.

Cuando recién llegué, yo me comía todito. Para mí fue duro saber que mi mamá estaba todavía en ese lugar. Poquito a poquito les tocó irse saliendo. De a tres, de a cuatro, se salieron. Mi mamá estuvo acompañando a mis otros dos hermanos que estaban prisioneros por la guerrilla, hasta que cumplieron el segundo año sin salir de La Sierra, de acuerdo a la amenaza que nos había puesto. En varias ocasiones fueron a la casa, amenazaron constantemente a mi madre. Ella sabía que ya no se podía hacer nada. Entonces decidí salirse, echó en una maleta personal cuatro vestidos y en otra maleta la ropa de mi hermano Raúl –el que desapareció–, y se vino. A mis hermanos no los iban a dejar salir. Les tocó escaparse por el otro lado de La Sierra. Caminaron por dos días hasta que lograron huir. Ahora uno vive en Los Llanos y el otro en Venezuela con mi mamá. La esposa de mi hermano se devolvió para Valledupar, a donde su familia materna. Allá nació el hijo de ellos, sin su padre. Ya tiene como cinco años y constantemente se comunica con nosotros. Ella ya se organizó con otro muchacho.

En Cúcuta, la vida me cambió totalmente. Yo no estaba acostumbrada a pedir. Cuando llegamos presentamos la denuncia en la Red de Solidaridad Social y nos dieron una carta de la declaración como desplazado. Con ese documento nos atendían en los puestos de salud. Pero mostrar esa carta empezó a ser motivo para que nos discriminaran. En los sitios de trabajo, si se daban cuenta de que eras desplazado, durabas máximo tres días y te echaban. Ahora no tanto. Fue difícil integrarse. A la vista de la sociedad en general, y de los de la Red, los desplazados somos unas personas *chiringosas*, mal habladas, que olemos a feo, *brujosos*, de todo, porque si no, no se es desplazado.

La mayoría de las personas que decidimos venirnos fue porque pensamos en nuestros hijos. Yo siempre he pensado en mis hijos y no quiero que vayan a coger ni el camino de la guerrilla ni el de los *paracos*, y cuando uno se siente amenazado, se va. Nos vinimos a otro lugar para poder construir un mejor futuro para nuestros hijos,

ya que no se puede estar en medio de dos bandos: o trabaja con alguno o se va. Yo decidí salirme porque estaba en medio de dos bandos y no quería que mi familia se engrudara con ninguno. Y yo dije: pues me voy, porque si me quedo, seguro que me mandan para el otro mundo.

Cuando yo salí, me vine con mis anillitos y mi reloj, con lo que traía puesto. Si yo le digo a usted: se va, se va con lo que tiene puesto. Y a donde llega, llega con lo que arrancó para venirse. Para mí fue muy duro comenzar porque yo ya no iba a trabajar en la huerta como siempre, sino que ahora debía quedarme en la casa mientras mi esposo buscaba el sustento diario. No estaba acostumbrada a hacer oficios domésticos, y mis hijos no estaban acostumbrados a esa vida tan deprimente. Se comía de lo que había... Si solo era una agua panela, con eso se pasaba. Y de ñapa llegamos a pagar arriendo, y pues tan caros. Nos tocó meternos en un ranchito barato. Vivimos en Carlos Ramírez, un barrio de Atalaya, en una casita pésima.

Como estábamos inscritos en el registro de desplazados, salimos favorecidos con uno de los lotes que regaló la Corporación Minuto de Dios en el barrio que lleva su nombre. Allí no fuimos bien recibidos. Esas personas se encierran y viven en su ambiente, pero jamás piensan que pueden llegar a vivir situaciones como la nuestra. Yo me pregunto: si los llegaran a desalojar de la ciudad, ¿qué harían ellos en el campo? Si están acostumbrados a tener a la mano los servicios de agua, luz, teléfono. Quizá se morirían de hambre. Cuando llegamos a la urbanización, la gente quemó llantas y dijo que no quería desplazados, nos echaron. Uno siente que lo están aplastando como a una cucaracha. Y eso era lo del Minuto de Dios: los que estaban ahí pensaban que nos habíamos venido porque estábamos cansados de echar plomo, y que posiblemente éramos matones. Esa situación me hizo revivir la presión y el temor que se siente en zonas tan conflictivas como mi pueblo. Y la experiencia dice: es mejor no meterse ni con la guerrilla ni con los *paracos*, porque ellos se convierten en dos leyes iguales al Ejército y la Policía.

Al mismo tiempo que salí beneficiada con el lote, surgió un proyecto de casitas de guadua para esa misma localidad; pero era más fuerte la presión de la gente para que nos saliéramos. Armaban griterías y nos decían que si construíamos las casas de madera, les prendían candela. A esa situación se le sumó la actitud déspota del ingeniero encargado de la obra, nos trataba muy mal. Un día en el teatro municipal nos insultó, empezó a gritarnos y a darle golpes a la mesa. Yo no aguanté más y me paré y le dije: “mire señor, así como usted exige respeto, nosotros también se lo exigimos. Usted no tiene ningún derecho a tratarnos de esa forma solo porque no tenemos estudio, además, no puede venir a imponernos las cosas”. La mayoría de las personas manifestaba que no quería casita de guadua, pero todos tenían miedo de hablar. Nadie de nosotros iba a ser capaz de expresar su inconformidad, porque qué tal que lo mataran.

Ese día salí tan dolida... La gente no nos quería en ese barrio y el ingeniero nos mandó a comer hasta un zapato, *ñoñita*, de todo; groserísimo. Entonces fui y redacté una carta donde renunciaba al lote, la llevé a la Red de Solidaridad, y me dijeron que tenía que llevarla al Minuto. La llevé y me quedé con una copia firmada por las dos entidades. Todas esas presiones por un lote no se justifican. Yo dejé una finca de doce o catorce millones así, por bajita, por no ponerle precio. Una parcela que había costado tres millones, más los animales y todas las cosas de la casa, y mi dignidad, mi dignidad que vale más que todo lo que se perdió.

Decir que somos desplazados es llevar como una mancha. La gente te empieza a mirar como bicho raro. Sus miradas, sus palabras, su trato duele mucho. Te hacen sentir avergonzado. Por eso renuncié al lote.

Volví a la casa y le conté a mi esposo: “ya no tenemos lote, ya no tenemos nada, estamos como llegamos”. Él me dijo: “pero por qué no pide opiniones”. ¿Qué podría preguntar? Yo no iba a llevar a la familia a donde todavía había guerra, pero nos vinimos huyendo de ella para llegar a otro sitio igual. El que está en el medio es el que pierde.

Mucho tiempo después, ya vinculados con la Asociación de Desplazados, Asofunort, hubo la posibilidad de postularnos para vivienda usada. Gracias a Dios nos salió la casita. Y comenzó otra historia de lucha por la dignidad. Recuerdo que el día de la entrega la casa no tenía ni contador, ni chapa en la puerta, ni llave del lavamanos, y la doctora quería que recibiéramos la casa así. Le dije: “!No señora! Estoy comprando una vivienda de segunda para vivir, y si entro robando el agua es a mí a la que me van a cobrar por el consumo, y si el contador de la luz no está también me la van a cobrar, y yo no me la estoy robando. Sí, soy desplazada, pero no ladrona, así que no le firmo la escritura”. A la doctora le iba dando una taquicardia y me dijo: “¿A usted no le da felicidad ni alegría, no? Debería agradecer”. “Yo no estoy pidiendo limosna, le agradezco a Dios y al gobierno por el ranchito, pero eso no es nada, no me da alegría. Simplemente me voy a mudar para una mejor casita, no más, y si me la arreglan listo, y si no yo no le firmó”. Me había tocado dar 110.000 pesos. O me arreglaban todo o yo no firmaba. Una de las empleadas me gritó: “es que ustedes son unas desagradecidas y problemáticas”. Le contesté: “¿Usted sabe cuánto dejé yo atrás? ¡Lo dejé todo! Dos fincas con animales y cosechas. ¡Dejé toda mi vida, mi mamá, mis hermanos! Para que venga ahora a apegarme a una casa. Esto sí es una limosna para lo que yo tenía. ¿Por qué me va dar alegría? En cualquier momento alguien me dice que me vaya y me voy”. Y después de mucho exigir, por fin tuve la casita que quería, con puerta, agua y luz.

Cuando me arrancaron a mi hermano se llevaron mis ilusiones. Mi sueño es que mis hijos no se enfermen, que puedan tener una familia hasta que mi Dios quiera tenerlos con vida, pero no porque otro nos la arrebató por las malas. Yo digo que uno

tiene que vivir la vida. La felicidad de uno es que la familia pueda comer y vestirse bien, que tengan salud y disfruten el momento ¿Es mucho pedir?

Maldita no es la flor...

Sabulón Callejas (Algeciras, Huila).

Producción de historia: Nyria Ramírez Ortega, Sistema de Comunicación para la Paz Nodo Huila

“Nosotros teníamos una finca arrendada y cuando llegaba la avioneta a fumigar eso era terrible. El niño oía el helicóptero y no hallaba qué hacer. Le daba mucho miedo, aún hoy en día”.

La fertilidad de esta tierra se ha perdido. Ellos aceptan culpa por causa del manejo en los cultivos ilícitos, pero las continuas fumigaciones han disminuido la productividad del territorio. “El anhelo de nosotros es poder trabajar los terrenos que están buenos, libres, que no hayan sido afectados por esa fumigación. Pero vale mucha plata”. Eso ha sido una parte por el cultivo de la amapola y otra por las fumigaciones. Los cambios del suelo aumentan a raíz de las fumigaciones indiscriminadas. Se fumigan los bosques y los nacederos de agua se secan, se acaba la vegetación, vienen las erosiones. No hay quien detenga los terrenos y se va todo al río.

Las fumigaciones acaban con los suelos y con la renta que tiene el pobre. “El que cultiva aquí no es ni capitalista ni narcotraficante, sino simplemente campesino; como agricultores que somos no podemos cultivar una arroba de arveja porque no tenemos la comercialización, ni como meterle los insumos, entonces uno se va a cultivar amapola para el sustento diario. No es porque realmente el cultivo de amapola de plata”.

A muchas personas les han fumigado sus cultivos lícitos. “En lugar de fumigaciones necesitamos es ayuda económica. Nos deberían dar esa plata. Yo estoy seguro que si nos la dan para las comunidades que siembran eso, yo me comprometo a que en menos de seis meses ya no tenemos amapola. A las malas no se consigue nada”.

“Me tocó irme para la zona cafetera y llegué a Manizales. Por la situación mía perdí todo lo que tenía, o mejor dicho me robaron todo, porque yo no podía volver a la finca. Me fui para Bogotá solo unos días, luego me fui para el Tolima a sembrar amapola, después para Planadas, duré un tiempo y no me gustó. Estuve trabajando con una organización asociativa de paperos, tampoco me gustó. Me fui para Bogotá

otra vez y me puse a trabajar con arepas y empanadas. Entonces, me comuniqué con un amigo de Algeciras, él me dijo que me viniera, que él me colaboraba. Allá trabajé unos días con la amapola, pagué unas deudas y luego me agarraron las fumigas. Eso era fumigas tras fumigas, no se daban bien los cultivos y los precios estaban bajos. Estamos hablando del año 2001”.

“El temor son los bombardeos. Resulta que en esos días ya llegaron equipos nuevos, modernos, y eso es mucho el temor. Ahora es un supersónico de esos que sacan en Bogotá en el desfile del 20 de Julio. Yo prefiero que vengan de día, porque de noche cree uno que los tiene encima”.

“Yo venía organizando grupos desde Bogotá. Allá organicé una escuela de sastrería y esta es la hora que dos de mis alumnos tienen unos flamantes almacenes. Cuando estuve en el Llano medio organicé un grupo para cultivos hidropónicos; no sé cómo habrá seguido. En Pereira organicé uno para calzado; aprendieron a hacerlo, se abrieron, y el uno puso un taller y el otro, otro. En el Tolima estuve ayudando a organizar un grupo de paperos, pero como no me gustaba esa labor, me fui. Me dije: es mejor conformar un grupo con personería jurídica y que sea para erradicar, voy a trabajar con gente que cultiva amapola, gente que fuera amapolera y que quisiera erradicar voluntariamente el cultivo”.

“La gente trabaja la amapola allá no porque se van hartar de plata, sino por necesidad; por necesidad es que la gente siembra y el Estado lo que hace es aumentar la guerra. Eso se lo dije al coronel en una entrevista con él”.

“Yo vi que realmente eso no me estaba dando nada, que la amapola no era para mí. Me fumigaron. Eso me desmoralizó peor porque pensé: eso no le dejan coronar a uno un corte para poder sustentar uno la comida. Entonces dije: yo no trabajo más con eso. Eso ya hace ahorita seis años”, cuenta un vecino.

La vida de Sabulón estuvo en peligro, pues cuando se regó la noticia de que él era erradicador de los cultivos ilícitos, un día que llegó a conversar con algunos cultivadores a una de las fincas, lo esperaban con machete e insultos. Pensaban que este hombre llegaba a arrancar las matas por la fuerza, y terminaron sorprendidos cuando él les dijo que solo les llevaba la invitación a dejar los cultivos, y que estaba muy claro que debía ser una erradicación voluntaria y que por lo tanto él no iba a obligar a nadie.

Don Sabulón se puso a sembrar cebollón, con la esperanza de siempre.

“Hay veces que le dan a uno ganas de pegarle otro jalón a la amapola”.

“Uno se aburre porque uno con familia espere y espere... Entonces le dan ganas a uno, aunque sea pa’ hacer pa’ la comida. Hoy en día por el jornal le pagan a uno doce mil pesitos libres, o dieciocho mil sin almuerzo, y compra dos libras de arroz y se fue”.

“Allá en nuestra región nos tiene abandonados a los pobres, porque tengo la experiencia. Si voy al Banco Agrario, que dicen que ayuda a los pobres, no nos la

han dado; he estado en la gobernación; he estado en la Presidencia de la República. Porque yo le mandé una carta a Álvaro Uribe, cogieron la carta y se la mandaron a Acción Social; Acción Social se la mandó al Ministerio de Agricultura, el Ministerio me llamó y me dijo: mándeme un proyecto. Lo envié, y esta es la fecha que nada”.

“O sea que el pobre campesino de escasos recursos, así quiera cambiar lo ilícito por lo lícito no puede, porque el Estado lo abandona. Cuál es la carreta que dicen de que deje los cultivos ilícitos, ¿cómo los va a dejar? Eso es lo que me desmotiva. Yo me he soñado una especie de ciudadela, en una parte donde hay una cantidad de niños jugando... Eso es lo que anhelo”.

El fogón está encendido, las botas puestas, azadón y terreno listos para recibir cada nueva semilla de esperanza y reconciliación que este grupo de familias cultiva, en su búsqueda por reivindicar la flor de amapola que les dejó la pasión y el amor de Afrodita y la agricultura de Ceres. Maldita no es la flor, maldito lo que hacemos con ella...

Amo la vida, también a la muerte

Islena Rey (Villavicencio, Meta)

Producción de historia: Roberto Sanabria

Ese día tenía clase en la universidad. Prendí el radio para escuchar noticias mientras desayunaba. La voz de Amparo Palacio anunció lo inevitable: “Acaba de ser asesinado, en Villavicencio, el abogado Josué Giraldo Cardona”.

Era el trece de octubre de 1996, y de las treinta personas que en 1990 conformábamos el Comité Cívico por los Derechos Humanos, ese día solo quedábamos tres. Unos habían sido asesinados, otros desaparecidos, y los demás se exiliaron. Pensé que era el fin. Si Josué tenía medidas provisionales de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, y la comunidad internacional estaba pendiente de él, ¿qué podía esperarnos a nosotros?

Conocí a Josué en 1987, en unas reuniones a las que la gente llegaba a comentar lo que le estaba pasando: hombres y mujeres nos contaban que eran desplazados, que habían dejado abandonadas sus tierras, que tenían siete hijos... Por iniciativa de él comenzamos a dictar talleres, capacitábamos a la gente en derechos humanos, y posteriormente en Constitución Política.

Yo siempre aseguré que hablar de derechos humanos es un delito en este país. No era un delincuente Delio Vargas, mi amigo, quien fue detenido por un policía activo y un sargento del Ejército en 1992. Nunca más supimos algo de él. Teníamos que vivir en un ambiente de zozobra por las muertes y desapariciones de nuestros

compañeros. Aún así, el Comité se formalizó en noviembre de 1993, en medio de un enorme entusiasmo.

En 1994, unos cuatro meses después de recibir la personería jurídica, de los diecinueve que estábamos en los estatutos solo quedábamos doce. Al finalizar ese mismo año, éramos siete. En 1995 tuvimos que cerrar nuestra oficina, la 206 del edificio del Banco de la República. Ahí llegaban permanentemente los miembros de DAS y del F2 a hacernos “visitas de inspección”, y las amenazas que recibíamos ya habían probado ser verdaderas. Dos de mis compañeros dejaron el Comité y Josué tuvo que irse a Bogotá. Así, sin oficina, seguimos trabajando.

Tres días después de que Josué se fue de Villavicencio, estaba en mi oficina en la Electricadora, cuando alguien me dijo que tenía una llamada. Cogí el teléfono. Un hombre con voz muy tosca empezó a insultarme. Me dijo una cantidad de cosas... Por ejemplo, que no pensáramos que éramos eternos, que se les escapó al que más ganas le tenían, que yo era la próxima.

Era la primera vez que recibía una amenaza directa. Sentí una corriente caliente en todo el cuerpo. Luego, helaje. Era como si los huesos se me desprendieran. Pensé en Josué... “Ojalá nunca vuelva”, me dije. Pensé en mi hijo... “Si me matan nunca sabrá por qué lo hicieron”. No parpadeaba. No podía soltar el teléfono. Esa noche no pude dormir. Lloré todo el tiempo porque además del miedo se siente una desolación muy profunda: en esas llamadas solo se escuchan groserías y uno se siente destruido como ser humano. El corazón parece pequeñito, como que no bombea bien... Se siente ahogo, fatiga. Se siente pavor.

Me levantaba a mirar a mi hijo durmiendo, lo acariciaba y lloraba al pensar que en cualquier momento ya no me tendría. Me sentía culpable, me sentía infeliz de que mi hijo no pudiera tener a su mamá. ¿Qué podría pensar? ¿Qué podrían decirle de mí? Los militares y las instituciones como el Das, la Policía, en fin, siempre argumentaban que éramos guerrilleros, para justificar el asesinato de los defensores de derechos humanos y líderes populares. Pensé en escribirle una carta contándole que mi opción de vida fue la defensa de la vida y los derechos humanos, para que nunca creyera si le decían que me habían matado por guerrillera.

Hablé con Josué y me reuní con él en Bogotá, aprovechando dos períodos de vacaciones acumuladas que tenía en la empresa. Mientras estuve allá tuve que aguantar mucha hambre: no teníamos recursos, y los compañeros sindicalizados de la Unidad Nacional de Empleados Bancarios me dieron una cama en un salón inmenso en el que se quedaban treinta personas. Almorzaba cuando nos reuníamos todos, o cuando hacían vaca para que pudiera comer.

Una tarde tuvimos una reunión en el Ministerio del Interior con el doctor Carlos Vicente de Roux, de la Consejería Presidencial para los Derechos Humanos. Salimos a las diez y media de la noche. El evento había sido como en la sexta con quinta sur. Yo no

tenía un peso para el pasaje, así que me fui caminando hasta la casa sindical en donde me quedaba, en la 35 con 16. Tenía miedo, frío y mucha hambre porque no había tomado sino un tintico. Todo el camino estuve orando y pensando en lo que se venía.

Cuando regresé a Villavicencio las llamadas continuaron. Cada vez que me decían “Islena, al teléfono”, temblaba. Un día contesté el teléfono y un tipo me dijo que me daba diez años a partir de 1996 para que me fuera, o que me mataría. Iba a seguir con las groserías, pero lo interrumpí. Le contesté peor. Con toda la ira que tenía acumulada le dije todos los insultos que me sabía. Grité, lo llamé cobarde, le dije: “Venga entonces y nos vemos. Máteme, pero venga a ver si de frente es tan valiente”. Entre más le hablaba, más me envalentonaba. El tipo se quedó callado y colgó.

A partir de ahí las llamadas cesaron. Mi actitud frente a la muerte cambió desde ese momento. Empecé a verla como una realidad cercana, como algo que seguramente me sucedería pronto.

Ya sin la presión psicológica de las llamadas, pero sin oficina, y aún amenazada, seguía enviando las denuncias más graves a Josué para que las tramitara en Bogotá. Luego vino la invitación de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos para que Josué fuera a Ginebra en representación del Comité. Meses después de su regreso a Colombia vino a Villavicencio a pasar con sus hijas el puente del día de la raza. Frente a su casa existía zona verde y arborizado, Josué estaba armando una carpa con las niñas; allí llegaron los asesinos, le dispararon en presencia de sus hijas.

A su sepelio no fue tanta gente como esperábamos. Vinieron de otras regiones del país, pero no del Meta. Todos teníamos miedo y mucho más en ese momento en que perdíamos a quien había sido la columna vertebral del Comité, quien nos sostenía, en quien nos apoyábamos.

Cuando nos reunimos la semana siguiente en Bogotá para hacerle un homenaje a Josué, uno de mis compañeros se arrodilló frente a mí delante de todos los asistentes y me pidió llorando que me fuera del país. Le dije que no me iría, que me quedaría porque no iba a abandonar el Comité, ni mi trabajo en la Electrificadora del Meta, ni la región, ni muchos menos a las hijas de Josué. Tiempo atrás, él y yo nos habíamos prometido que quien se quedara cuidaría a los hijos del otro. Todos respetaron mi decisión y me dieron su respaldo, aunque acordamos volver a hablar en febrero de 1997, para ver si con un poco menos de dolor y rabia decidía aceptar la propuesta de asilo político que me habían hecho en Canadá.

A raíz del asesinato de Josué, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos dictó medidas provisionales que obligaban al gobierno colombiano a garantizar mi integridad. A partir de esa resolución la Comisión me bautizó con el poco honroso título de “la sobreviviente del Comité”.

Empecé a contemplar la posibilidad de irme y de llevarme conmigo a mi hijo, a Mariela, la esposa de Josué, y a sus niñas. No era fácil decidirlo porque tenía claro

que si me iba no volvería nunca. Tomé las vacaciones de la empresa. Ya no tenía sentido acumularlas... Si me mataban, ¿de qué me servirían? Me fui de viaje con mi compañero y, al regresar, cuando casi tenía tomada la decisión de irme, me enteré de que estaba embarazada. Eso cambió por completo lo que había pensado. En febrero, cuando me reuní con mis compañeros, les dije que quería que mi bebé fuera colombiano. Les prometí que no tocaría el tema de los derechos humanos, por lo menos hasta el parto.

Las amenazas no paraban, cada vez eran más agresivas. Mi embarazo fue muy traumático, me preocupaba mucho que el bebé sufriera por todos los sustos que yo pasaba. Las famosas medidas provisionales en realidad no fueron más que un escolta que andaba en una moto vieja detrás de la buseta en la que yo me montaba. Me parecía tan absurdo que decidí irme en la moto del escolta: o me solucionaban la situación o se iban para el carajo.

Después de que nació mi hija Camila me dieron una camioneta y me permitieron escoger a dos personas de confianza para que fueran mis escoltas y recibieran el entrenamiento necesario. Me tranquilizaba que fueran ellos quienes me cuidarían, y no un funcionario del DAS: ¿Qué confianza podían darme después de que vi cómo ellos mismos habían permitido que mataran a Josué?

La vida para mis escoltas dentro del DAS fue muy difícil. Al igual que a Alfredo, el escolta de Josué, les hacían acusaciones de vínculos con la guerrilla porque habían llegado por nuestra recomendación. Las amenazas seguían aumentando, por lo que me permitieron nombrar a otro escolta. Él recibió su entrenamiento y empezó a trabajar. Ya adentro, se dio cuenta de lo que estaba pasando y me contó: un día un funcionario del DAS lo llamó para pedirle que le informara con quién me reunía, en dónde, de qué hablábamos... Y que si no tenía nada que contar de mí se lo inventara, tal como se lo había pedido a mi otro escolta, porque necesitaban sacarme del camino. "Si usted quiere conservar su trabajo aquí tiene es que aventar esa vieja hijueputa, que ya estamos mamaos de estarla cuidando. Ya era para que la hubieran matado. Nunca habíamos tenido que aguantar a una persona así, que ni se larga, ni deja el campo libre, ni podemos cascarle", le dijo el hombre del DAS.

En medio de tanto asedio sentí que iban a matarme y me preparé para eso. Camila ya tenía tres añitos. Una noche al llegar a mi casa me puse a reflexionar... Me dio mucha tristeza... Me puse a pensar en la vida de ella y quise retroceder el tiempo... Me preguntaba por qué la traje al mundo, qué tal que me mataran, cómo quedaría mi niña. Sentí culpa, arrepentimiento. Cogí el rosario y me arrodillé frente a la cama de mi hija a pedirle a Dios que me permitiera verla un poco más grande, que me dejara compartir más tiempo con ella.

Al otro día me fui para Bogotá, y cuando regresé por la tarde a Villavicencio venía segura de que se debe amar la vida pero también la muerte. Nunca lo había

pensado. Me preparaba para morir y le pedía a Dios que me ayudara a ser madura en el momento que me tocara. No quería declinar, tampoco sentir cobardía. Lo que hago es una cuestión de principios, de dignidad, de amor por mis semejantes: quiero un país digno para mis hijos y para todas y todos. Si me iba a morir lo haría de pie, con la frente en alto. Al único que le doblo la rodilla es al Dios de mi vida, siempre le imploro su protección, además porque me produce zozobra pensar en que me torturen como hicieron con mis compañeros del Comité Cívico. También recuerdo a un famoso escritor que dijo: “prefiero morir por algo y no seguir viviendo por nada”. Y me tranquilizo, porque estoy segura de lo que hago y por qué debemos continuar defendiendo la vida y la dignidad.

Yo estaba amando la muerte –no tenía otra opción– y estaba muy tranquila. Cuando me acostaba dormía profundamente, sin sobresaltos. Siempre me despertaba puntualmente y me alegraba de estar viva.

Continué con las labores del Comité. Un día me fui para San Martín del Llano a hacer una visita humanitaria. Estaba en la casa de una familia cuando la señora se asomó a la puerta y volvió pálida. “Doctora, por Dios, no vaya a salir”, me dijo. Los escoltas estaban afuera, así que yo debía ir a ver qué pasaba. Preciso, los paras asediando a los escoltas.

–¿Qué pasó? –les pregunté

–No, doctora, dicen que son paramilitares, ellos son los que mandan y que a quienes les habíamos pedido permiso para ingresar al municipio

–¿Pedir permiso? La madre...

Los paramilitares se transportaban en un Nissan blanco y en una moto, portaban armas y radios de comunicación, patrullaban el municipio, no se escondían de nadie. Llamé al DAS a Villavicencio, a Guamal, a Acacias, ahí a San Martín, a la Policía. Nadie me contestaba. Decidimos irnos antes de que atardeciera. Cuando cogimos carretera no había un solo soldado; muy extraño me pareció, porque al transitar por la vía estaba militarizada.

Antes de llegar al cruce de Cubarral vimos el Nissan blanco, que venía detrás de nosotros. Nuestra camioneta iba a toda. Me daba miedo que nos accidentáramos porque Camilita iba con nosotros. No pude más y les dije a mis escoltas: “Perdónenme. Ustedes no escogieron esta opción de vida, yo sí. Por eso si muero, moriré con dignidad. Pero me parte el alma que ustedes pierdan su vida, no escogieron morir en estas circunstancias, este trabajo lo tomaron por necesidad, tenían que definir su situación laboral. Lo lamento por mi niña, pero déjenlos que pasen, y si al pasar nos revientan, pues estamos preparados para eso”. Camila tenía cuatro años y medio. Con toda la frescura del mundo, ella me dijo: “no mamita, no digas eso: yo me meto debajo del cojín, tú te agachas y no nos pasa nada”.

Los tipos del Nissan pasaron por el lado de la camioneta apuntándonos con sus armas, muertos de la risa. Eran los mismos que estuvieron en la casa amedrentando a mis escoltas. Al lado de la carretera había un asadero, donde le pedí al conductor que parara. Mi teléfono timbró. Era un funcionario del DAS que encontró mis llamadas perdidas y marcó mi número. Le conté todo. Mientras tanto escuché que hablaba con sus superiores y daba instrucciones a sus compañeros en los demás municipios.

–Doctora, ya van para allá.

–¿Y venir para qué? –pregunté. –Lo que necesito es que les ordenen a esos paramilitares que me dejen seguir tranquila. ¿O me va a decir que no sabe lo que están haciendo?

Yo temía que en el puente de Guamal nos mataran.

Colgamos. Me quedé mirando hacia la carretera y, efectivamente, ahí pasó de regreso el Nissan blanco, a toda velocidad, hacia San Martín. El resto del viaje fue tranquilo. Puse la denuncia con números de placa y descripción de las personas que nos agredieron. No ha pasado nada con eso. El fiscal que me atendió me sugirió salir del país para que protegiera mi vida. La impunidad es latente en este departamento.

En el año 2002 comenzaron a ejecutar la Seguridad Democrática, programa del actual Presidente de la República. A raíz de eso el conflicto armado se incrementó muchísimo en el Departamento. Poco tiempo después intentaron hacerme otro atentado cerca de mi casa. Mis escoltas persiguieron y capturaron a los sicarios, de quienes se supo que habían venido de Medellín, contratados por los paramilitares, para “hacerme la vuelta”. Los liberaron pocos días después de su detención. Más impunidad.

A raíz de eso tomé un poco de distancia de la defensa de los derechos humanos, pero empecé a ver que era evidente que el Comité se debía reabrir. Esa idea me persiguió constantemente, hasta que dos años después tomé la decisión: el Comité había sido diezmado, es cierto, pero al fin y al cabo ahí estaba yo.

En 2006, cuando se conmemoraba el aniversario del asesinato de Josué, vi la ocasión perfecta para oficializar la reapertura del Comité. Casi al final del homenaje, hice mi discurso y lancé la propuesta. La gente del auditorio, desde sus sillas, me mostraba su puño con el pulgar levantado. Tenía un nudo en la garganta, pero seguía hablando. Cuando terminé se pusieron de pie y me aplaudieron. ¡Me pegué una llorada!

En el Comité estamos ahora ocho personas. Tres somos fundadores: dos compañeros –que se habían exiliado pero regresaron felices al grupo– y yo. Los otros son tres viejos amigos, mi hijo y mi nuera. Nos reunimos semanalmente. La oficina del comité funciona en mi casa. Es riesgoso para todos, especialmente para mí, pero desafortunadamente no tenemos otra alternativa: no hay recursos económicos para tomar en arriendo un sitio diferente, nos sostenemos con los aportes que hago mensualmente del sueldo de mi mesada pensional.

Después del evento de Josué, como a los ocho días, nuevamente fui amenazada, y me dijeron que ya se me había cumplido el tiempo que me habían dado para que me fuera: diez años, los mismos que le dieron a Josué. A él lo mataron un par de meses después de haber cumplido el tiempo que le dieron, desde 1986, para que dejara el trabajo en derechos humanos. Yo voy cumplir diez y medio y aún estoy viva, dedicada a la defensa, promoción y protección de los derechos humanos; esa es la razón de ser de nuestra organización.

A estas alturas creo que con todo lo que me han hecho no me voy a morir en esas circunstancias. Uno aprende a convivir con el miedo... Las primeras amenazas y atentados son muy traumáticos, pero luego uno se tranquiliza. Antes, cuando escuchaba esa canción que dice "nadie es eterno el mundo", recordaba la primera vez que me amenazaron, porque eso fue lo que me dijo el tipo. Hoy me da risa y si puedo reírme es porque me quité de encima la presión psicológica que querían imponerme.

No creo que me vayan a "coronar" porque me cuido mucho: no voy ni a la tienda sola. Siempre estoy con los escoltas, y por eso mismo no tengo privacidad. No es que confíe plenamente en ellos, sino que no tengo otra opción.

Hoy en día me siento segura: si me toca morirme me voy tranquila. Me atemoriza, eso sí, que me judicialicen injustamente: por ejemplo, que me metan algo en la camioneta y me vinculen con la guerrilla, o que me pongan armas en algún montaje de los que siempre hace la fuerza pública y los organismos de seguridad para mostrar los famosos positivos. ¿Qué mejor para el Ejército que poder mostrar, aunque sea con mentiras, que su fórmula "defensor de los derechos humanos = guerrillero" funciona?

Muchas veces me preguntan por qué mis denuncias no son contra la guerrilla: porque el gobierno y los medios hacen mucho sobre eso, y el país y el mundo tienen acceso a información, exagerada o no, sobre las condenables acciones de la guerrilla. Denuncio a los paramilitares porque lo que hacen no es visible, siempre queda impune. En Colombia la guerrilla tiene quien la persiga, la denuncie y la condene. Los paramilitares no.

El Dios de la vida fortalece mi camino y me da la seguridad para seguir avanzando en el estrecho sendero como defensora de los derechos humanos, que, desde la inmensidad de la llanura, realizo en el diario trasegar de mi trabajo. Varias entidades me han dado menciones especiales por mi labor. Esos reconocimientos me dieron valor en su momento. Ya son diez años llevando sola las banderas del Comité Cívico, apoyándome en organizaciones de derechos humanos que me brindan su ayuda y solidaridad en todo aspecto. Por ello me satisface saber y sentir que le salvé la vida a alguien, que un jornalero recuperó su tierra, que está libre un hombre injustamente judicializado, que una viuda y sus huérfanos pudieron enterrar dignamente a un campesino masacrado. Eso era lo que más quería en la vida... Y Dios me lo concedió.

Ubaldo habla de Ubaldo

Ubaldo Hidalgo (Nororienté, Antioquia)

Producción de historia: Gladys Toro Bedoya

Ubaldo es una leyenda. Todos lo conocen. Ha estado siempre ahí. Su buena onda es eterna, ¿sabés por qué? Porque Ubaldo es el mismo montañero donde usted lo vea, *deschavetao* para hablar en la casa con su señora, con sus hijos, con la vecina, con el cura, con la monja, con el psicólogo.

Por cargarle la bolsita con los libros de la Presidencia de Asocomunal a “Bersita”, Ubaldo nació al servicio comunitario hace 29 años. Ella, Betsabé Morales, su mamá, le decía: “venga conmigo para que vaya aprendiendo cómo es esto de la Acción Comunal”. Ubaldo tenía trece años y le gustaba leer el libro de las actas que Bersita se llevaba para ayudarle a la secretaria a pasarlas: “y me fui entusiasmando mucho hasta que me animé y me acostumbré a ir a todas las reuniones, así me fui metiendo e inquietando, y leyendo mucho por mi cuenta”.

Ubaldo, simple como su nombre, es un campesino con conciencia plural. Mira siempre de frente, es la primera característica que dice de su respeto y reconocimiento por el otro. Es un hombre Hidalgo no solo por su apellido, también por su nobleza y dignidad. De cuna andariega, con su padre Marco Tulio fue de vereda en vereda, de finca en finca y de escuela en escuela. Sus padres fueron presidentes de la junta de acción comunal de la vereda Las Mangas por doce o catorce años. “La vereda en ese entonces era buenísima, porque la gente todavía se asociaba, se juntaba; todavía existían las visitas familiares los domingos o los sábados, y programaban partidos de fútbol o de micro, o actividades como bazares y festivales. Todo era muy rico, la gente era numerosísima, cuando eso la juventud era muy buena, total diferencia a hoy en día”.

Su padre, “bastante alcohólico”, ya murió. “Las *bebas* de él eran semanales, de domingo a martes o a miércoles, y la familia andaba bajo el control de mi mamá, no más”. Pero como la familia era tan numerosa, se le crecían los conflictos y los problemas, empezando por Ubaldo, porque Ubaldo fue siempre el que más guerra dio.

Tras la idea de construir la capillita para la vereda Las Mangas, el padre de la iglesia le dijo a Bersita que pusiera a su hijo a enseñar catequesis, a ver si así dejaba un poquito la “pecadera”, y le dio unas hojitas para convocar a las clases de los sábados. “Mi mamá convenció a los vecinos de que era necesaria la catequesis para los niños, y les dijo que ella era quien iba a dar las clases y que yo la apoyaría. Empecé con 24 niños, me fue gustando, y a lo último tuve que conseguir ayudante porque llegué a reunir un grupo de 80 niños. Después con mi suegra involucramos a los jóvenes, y hasta el momento todavía soy catequista”. Así comenzó su trabajo social.

“Llevábamos personas capacitadas para que nos dieran clases con los jóvenes. Me parecía importante delegar, y le dejé ese grupo como de 70 jóvenes a otra persona. Eso del relevo generacional nadie me lo enseñó. Cuando dejé los niños era porque veía la necesidad de trabajar con los jóvenes, pues los dos me quedaban muy grandes y ya había gente capacitada para trabajar con los niños. Yo seguía siendo catequista, y daba clases a los grandes los sábados y los lunes”.

Ubaldo empezó a trabajar en todo lo que iba aprendiendo, “porque ahí empecé a oír mencionar los programas zonales, los núcleos zonales, los programas de desarrollo, y más todavía”.

Recién casado, cuando Ubaldo tenía 22 años, fue elegido presidente de la Junta de Acción Comunal de Las Mangas. “Yo le dije a la gente que siendo tantos por qué no recibían algunas de las obligaciones, que eso no era cosa del otro mundo. Ellos me dijeron que por qué no me metía. Respondí que yo no conocía, pero insistieron en que mi mamá me colaboraba. Ella me dijo que aceptara y que me ayudaba.

Entre la catequesis, la agricultura, su hogar y la Asocomunal, Ubaldo fortaleció su proyecto de vida. El servicio a la comunidad y su claridad como ser humano en Dios, le permitieron sortear situaciones difíciles como la presencia de la guerrilla en el municipio de Nariño, su intervención en las reuniones comunitarias y el constante llamado a los líderes a rendir cuentas. “Una de las cosas que siempre he dicho es que cuando uno hace las cosas transparentes, única y exclusivamente pensando en el bien, primero de uno mismo, segundo de la familia y tercero de una comunidad, nunca le va mal [...] Ni el Ejército ni la guerrilla nos han orientado. Nosotros tenemos que educarnos, y la mejor educación que debemos tener como vecinos es amándonos, respetándonos y no permitiendo que venga la Policía o la guerrilla a ponernos orden [...] Nosotros para vencer no necesitamos sino ayudarnos”.

A la primera cita con las Farc llegó citado como presidente de la Junta de Acción Comunal. “Yo me asusté mucho y dije: ‘Dios mío, aquí estoy. Yo lo único que sé es que si a nadie le he hecho bien, mal tampoco he hecho. Yo voy a ir pero Usted es el que va a hablar: yo le presto mis pies para que vaya, mis labios para que hable y mi mente para que piense, hágalo por medio de mí’, y me fui”.

“Me encontré con el comandante Facundo, me preguntó si era Ubaldo y que qué pensaba de ellos. La guerrilla son unos *verracos* –le dije–, porque nos dijeron que como ejército del pueblo iban a vencer o a morir, y eso es *verraquera*. Pero quiero que entienda que nosotros también somos unos *verracos*, porque las armas de nosotros son nuestras manos vacías con las obras que hagamos. Eso es lo que ni la guerrilla ni el Ejército han entendido. Digo que son *verracos* porque ustedes tienen una meta, que sea buena o que sea mala yo no la juzgo. Siempre he dicho que se necesita unidad, lo dice la guerrilla, lo dice el Gobierno, lo dice la Iglesia. Nosotros somos unos humildes campesinos que lo único que tenemos para defender nuestra vida son unas matas de café, unas matas de caña, unos hijos cabezones, *ojibrotaos*, barrigones, que no tenemos

capacidad de darles todo lo que necesitan, pero somos verracos porque somos capaces de subsistir con lo que tenemos. Si eso es malo, aquí estoy, mátenme. Yo le digo a mi comunidad que el día que apoyemos a cualquier grupo y nos descuidemos nosotros, hasta ahí llegamos. En mi casa le he dado agua dulce a guerrilla y Ejército; yo nunca he ido a buscarlos y nunca les he dado nada por miedo, sino por sentido humano, porque sé que tienen un cuerpo igualito al mío y les da sed y hambre”.

Ubaldo pasó por seis escuelas y sólo estudió hasta segundo de primaria: “el cartón no sé ni de dónde es. Cuando necesito un certificado voy al Colegio de Las Mangas, porque allá fue donde me validaron el quinto, aunque jamás estudié ni tercero ni cuarto ni quinto, pero los validé. En este momento tengo el cartón de quinto, pero porque me lo dieron por ‘rosca’”. Es astuto, inteligente y auténtico. Sus ojos saltones le permiten observar con agudeza su entorno. Siempre está atento, escucha, habla, lidera. Es preciso y claro en sus comentarios, sin miedos y sin tapujos, tal cual es. Como lo dice él mismo, es un humano.

Mi historia de mi destierro

Olga María Parra (Líbano, Tolima)

Vivíamos en un pueblo llamado Tierradentro, en el municipio de Líbano, Tolima. Mi difunto esposo y yo administrábamos un supermercado ahí en el pueblito. Nuestros cinco hijos terminaron la primaria allá mismo en Tierradentro, y nos los llevamos para Líbano a estudiar la secundaria.

Todos ellos pudieron terminarla, ya que nuestros ingresos eran muy buenos gracias a una finquita muy productiva que teníamos: sembrábamos café, yuca, plátano, cacao, maíz, fríjol y tomate. Además, teníamos cerdos y un lago con peces.

Estábamos tan bien que pudimos mandar a los dos hijos mayores a estudiar administración en Bogotá. En esas, ocurrió lo inesperado: mataron a mi marido en la finca. ¡Qué día tan triste para nosotros ese 23 de junio! A las siete de la noche nos llega el administrador con semejante noticia... Mi hijo menor, quien estaba de vacaciones en Tierradentro, sufrió en carne propia el dolor de ver morir a su padre, un hombre que se caracterizaba por su honradez, responsabilidad y comprensión. Con solo quince años, a mi hijo le tocó la terrible tarea de estar en el levantamiento del cadáver de mi esposo. No podíamos creerlo. Sufrimos muchísimo, pero Dios nos dio las fuerzas para poder soportar tanto dolor.

Quienes asesinaron a mi marido fueron los de un grupo llamado Ejército Revolucionario del Pueblo, ERP. Nos extorsionaban, y cuando él decidió no darles

más plata, me lo mataron. Allí comenzó mi calvario: sostener el negocio y la finca, mantener a mis hijos y darles la universidad a los que estaban en Bogotá... Yo sola no podía, así que decidí poner los negocios en las manos de mi hijo mayor, que estuvo al frente de ellos durante siete años, hasta cuando llegaron los paramilitares y nos sacaron del pueblo argumentando que éramos auxiliares de la guerrilla. Ahí sí que no entendí nada. ¿Cómo íbamos a andar auxiliando a los asesinos de mi esposo?

Pero es que todas las muertes a manos de los paramilitares ocurren porque ellos no investigan, sino que se limitan a escuchar a la gente de la misma región que, por una u otra razón, va señalando a las personas: solo porque ven que uno tiene una finca y un negocio ya creen que es que uno está lleno de plata. Como nos iba tan bien, la gente del pueblo nos envidiaba, sobre todo los demás comerciantes de Tierradentro. Según escuchamos de la misma comunidad, fueron ellos quienes nos señalaron como auxiliares de la guerrilla. Por eso fue que los paramilitares llegaron, lista en mano, a sacarnos del pueblo porque si no iban a matarnos.

La gente nunca aceptó que mis hijos salieran adelante estudiando y siendo personas de bien, a pesar de que eso se debía a nuestro trabajo y esfuerzo. Luchamos todos los días por darles lo mejor a nuestros hijos, y hasta el día que mataron a mi esposo estábamos lográndolo. Cuando quedé sola, algunos vecinos de la región pensaron que mi familia se iría a pique, y que había fracasado nuestro proyecto de que todos fueran profesionales para que pudieran defenderse solos y no tuvieran que dedicarse a las labores del campo, como nos tocó a nosotros. Mucha de esa gente no podía admitir que una mujer sola pudiera sacar a sus hijos adelante y tener un negocio próspero.

Ese 21 de julio, cuando los paramilitares nos sacaron de Tierradentro, quedaron enterrados allí 32 años de trabajo en la finca y el negocio. Por fortuna no mataron a mi hijo mayor, quien estaba en el supermercado en el momento del desalojo.

Ahora nadie nos responde por nada. Hasta los de Acción Social, de la Presidencia, me niegan mis derechos como desplazada porque dicen que sigo viviendo en la zona de desplazamiento, cuando hace siete años que tuve que irme de Tierradentro para Líbano, apenas con lo que mis hijos y yo teníamos puesto.

Aún no logro comprender

Jennifer Pacheco (Marialabaja, Bolívar)

A veces nos parece que la vida nunca nos puede cambiar. Todo nos parece tan normal: nuestra familia, nuestros amigos, todo lo que nos rodea... Y no nos damos cuenta de que la realidad es otra.

Todos los días hacía lo mismo, es lo que recuerdo. Mi mamá se despertaba temprano para hacernos el desayuno, pero tenía que pelear con nosotros para que nos levantáramos de la cama. Luego, mi hermana y yo discutíamos por el turno del baño. Mi papá se levantaba un poco más tarde; él era carpintero y el taller quedaba en la casa. Todavía recuerdo que mis papás eran muy unidos.

Nos cuidaban mucho. A mi hermana y a mí nunca nos dejaban salir muy lejos. Íbamos de la casa al colegio y los fines de semana a donde mis abuelos. Por eso, cuando salíamos al colegio yo era feliz. Era la oportunidad de observar algo distinto: las calles de mi pueblo llenas de artesanías, las hamacas tejidas a mano, las ruanas de colores vivos. Ese pueblo para mí era hermoso por su gente amable y, además, porque todo el mundo me conocía. Era feliz al caminar por San Jacinto, Bolívar.

Para ir a estudiar, mi hermana y yo caminábamos siempre por la misma calle, porque por allí nos quedaba más cerca. Ahí fue donde sucedió eso que marcó mucho a mi familia. Nosotros éramos muy unidos; hablo de mis tíos, mis abuelos y todos los integrantes de ésta. No éramos ricos, pero teníamos recursos suficientes para vivir bien.

Un día como todos los demás, mi hermana y yo nos levantamos temprano para ir a estudiar. Mi mamá nos llamó, nos arregló los uniformes y nos despidió... Recuerdo que caminamos por la misma calle de siempre. Era muy temprano, todavía no había mucha gente, y en un trayecto abandonado nos sorprendió una camioneta negra de vidrios oscuros. Se detuvo frente a nosotros. Alguien se bajó del carro y preguntó por mí; mencionó mi nombre y mis apellidos. Yo, un niño de tan solo siete años, le extendí la mano y le dije que era la persona por la que estaba preguntando. Cuando tuvo mi mano entre las suyas, me jaló con fuerza y me subió a la camioneta.

Asustado, me puse a llorar al ver a esa gente extraña y a mi hermana, de nueve años, llorando y gritando mi nombre. La camioneta empezó a andar hasta que dejó atrás a mi hermana. Aún recuerdo sus ojos llenos de lágrimas y dolor, llevo esa imagen grabada en mi mente. Cuando la perdí de vista me vendaron los ojos. Todavía no entendía lo que estaba sucediendo y lo único que hacía era llorar. Cansado de hacerlo, me quedé dormido.

Cuando desperté, estaba en una casa, o al menos eso era lo que presentía. Escuché la voz de un señor, era muy gruesa. Él me decía que dejara de llorar, que no me iba a pasar nada; me brindó un pan, le dije que no tenía hambre. Eso fue el primer día.

Mi madre dice que todo duró alrededor de un año. Yo no logré precisar el tiempo porque siempre tenía los ojos vendados. Mi mundo era oscuro... No veía nada y siempre escuchaba a la misma persona. Todavía recuerdo que solo quería ver a mi mamá, a mi papá y a mi hermana.

Un día me dijeron que íbamos a salir, que me portara bien, y que si lo hacía iba a ver a mi familia. Yo estaba contento, pero aún no comprendía lo que estaba sucediendo. El viaje fue largo. Cuando la camioneta se detuvo escuché la voz de mi

tío José, quien tenía una relación muy cercana con mi familia. En ese momento, mi alegría fue aún más grande, la ilusión de estar con mi familia era indescriptible.

Minutos más tarde no escuché nada... solo el ruido de la camioneta que se alejaba dejándome abandonado. Tenía los ojos vendados y las manos atadas. De repente, sentí a mi mamá abrazándome muy fuerte. Luego ella me quitó las vendas y las ataduras de mis manos.

Le pregunté por mi tío José, le dije que había escuchado su voz... Ella se puso a llorar y no me respondió. Luego llegó mi papá y nos fuimos a casa, la alegría fue inmensa, mi hermana me abrazó y me dijo que nunca me iba a dejar solo. Poco a poco me fueron explicando lo que había pasado. Mi mamá me contó que a mi tío se lo habían llevado para que a mí me dejaran en libertad. Fue muy difícil asimilarlo. Pasaron varios días antes de que la Policía encontrara el cadáver de mi tío.

Hoy, que tengo 29 años, aún no logro entender cómo los seres humanos pueden partir la vida de una familia en dos: un antes y un después. Esa fue una tragedia familiar.

Le tengo anotado el parte

Javier Moncayo (Carmen de Chucurí, Santander)

Bueno, hermano, esa vaina de El Carmen empezó más o menos en 1982, en una época en que la guerrilla andaba matando gente *verracamente* por los lados de San Juan Bosco, La Verde.

Allá había un viejo que se cansó de la vaina. Era inspector de policía. Decidió irse a dormir al puesto militar que había en el caserío y declararse enemigo de la guerrilla. Se llamaba Isidro Carreño. Era de los buenos para la pelea. Empezó a llamar a personas amigas para decirles: “y qué, ¿se van a dejar matar así no más? Vengan y nos organizamos para defendernos”. El Ejército les prestaba de vez en cuando armas para que hicieran sus cosas y los dejaba quedarse en la base para que la guerrilla no los matara.

A mí me contó Gonzalo, que ahora es jefe de Los Masetos, que a veces les tocaba atrincherarse en la senda por donde pasaban los guerrilleros y, cuando venían uno o dos, cogerlos a cuchillo y machete para quitarles los fusiles.

Se fueron para Puerto Berrío a pedir ayuda a la brigada. Allá les dijeron que no podían, pero los mandaron para Puerto Boyacá. Allá sí les prestaron ayuda. Gracias a eso conformaron un grupo como de ochenta hombres, que fue creciendo y llegó hasta El Topón, cerquita de El Carmen. La guerrilla ya andaba intranquila y matando a la gente que se metiera a ayudarles.

Entonces fue que Isidro Carreño mandó llamar a don Pedro Beltrán. Los Beltrán eran como los papás de El Carmen, y uno de ellos, Alirio, fue el primer alcalde que tuvo el pueblo cuando lo ascendieron a municipio.

Los Beltrán fueron a dialogar con Los Masetos, y entonces la guerrilla secuestró al alcalde. Después de torturarlo, lo mataron. Eso hizo que mucha gente en El Carmen dijera “no más” y se decidiera a apoyar a Los Masetos. Además, la guerrilla entró casa por casa una noche, buscando a los que pudieran estar ayudando a Los Masetos, y mató mucha gente, entre esos a algunos que habían luchado toda la vida para que el caserío se volviera municipio.

Así que los Beltrán y muchas personas decidieron volteársele a la guerrilla y se tomaron El Carmen. La guerrilla empezó a acosar a la gente del pueblo y a querer atajar el avance de las autodefensas. Dinamitaron las salidas de El Carmen metiéndole bombas a los puentes del Silencio –por la vía a San Vicente– y Yarima –por la vía a Barranca.

Entonces el pueblo empezó a pasar necesidades. Como por seis meses no se conseguía una panela, una libra de arroz, ni un jabón; y mientras tanto el cacao *mojosiándose* en las bodegas. La gente decía: “tanto trabajar uno para ver aguantar hambre a los hijos”. Así, muchos que eran buenas personas se volvieron bravos para la pelea y se armaron contra la guerrilla.

Pero algunos le sacaban el cuerpo al encierro, como don Guillermo M., que tenía una camioneta tres y medio y la cargaba con cacao y se volaba por cualquier lado y a cualquier hora para San Vicente. Eso sí, no muy cargado, para poder meterle la pata cuando se encontrara con alguno. Un día salió por los lados de Campohermoso, y se encontró con un retén de los guerrilleros y lo cogieron a plomo. El viejo, que iba con otros, se botó como pudo debajo del carro y, como cargaban mini Uzi y pistolas, se cogieron a plomo con la guerrilla.

Y es que como la guerrilla es cobarde, usted sabe, lo cogen a usted y a mí y nos llevan para allí *detracito* y nos revientan la cabeza a plomo, pero si usted tiene con qué responderles entonces salen corriendo. De manera que el viejo pudo voltear la camioneta y devolverse para El Carmen. Descargó el cacao y se trajo como a veinte de Los Masetos. Ese día alcanzaron la guerrilla y mataron hasta un comandante.

Fue entonces cuando llegó este militar –el general Bedoya, quien se lanzó ahorita a la presidencia– y les dijo: “ustedes tienen derecho a que los protejamos, así que digan qué necesitan”. La gente le dijo que lo más urgente era llevar las cosas a vender a alguna parte, y decidieron que lo más cerquita y estratégico era San Vicente.

De manera que empezaron a llevar cacao en camiones protegidos por el ejército. Los viajes eran con unas tres tanquetas, tres camiones y dos jeeps, para llevar unas cincuenta toneladas de cacao y, por lo menos, veinte masetos por viaje. La joda no era fácil porque la guerrilla atacaba cada nada.

Una vez venían saliendo por Colepato –ese pedazo que usted sabe que es tan malo, que cuando pasa el bus parece que se fuera a caer al abismo–, y en ese mismo puesto le pusieron por lo menos cincuenta kilos de dinamita a la tanqueta para ver si la mandaban al hoyo, y “fumigar” al resto desde arriba. Pero la tanqueta solo se *ladió* y al *man* que la manejaba no le pasó nada, usted sabe, esos están protegidos por dentro, de manera que cogió a cañonazos la loma y los sacó a perder a todos.

Cuando llegaban a San Vicente andaban todos juntos para todos lados. Los camiones, las tanquetas y los jeeps. Al principio, los dueños de las compras no querían recibirles el cacao por miedo a que la guerrilla les metiera una bomba en el negocio. Paseaban de un lado para otro con la carga, y nada.

Hasta que al fin se les acabó la paciencia y se le parquearon al primero y le dijeron: “si quiere seguir vivo nos compra estas cuarenta toneladas de cacao ahora mismo y nos da la plata en efectivo, pero ya”. De manera que el tipo córrale a pedir prestado y a suplicar que no le fueran a hacer nada.

Vendida la carga, se subían al Dandy y le daban la orden al viejo Pablo: “nos llena los camiones de panela, arroz y todo lo que haga falta”, y así se volvían para El Carmen. Y en los viajes de vuelta le tocaba el turno a otro comerciante, de manera que a todos les tocó pasar el sustico. Ahí no hubo ninguna negociación, ni cosas por el estilo: al que le tocó irse se fue, al que le tocó morir se lo mataron, y así pasó la cosa.

Una vez yo estaba sentado como a las seis de la tarde en la puerta de mi casa. A esa hora en esa época el pueblo parecía de muertos. Se me vino un *man* con una mochilita, que yo pensé que hasta vendría a matarme. Pero no, me dio fue un papelito que decía: “Fulano de tal, lo esperamos mañana a las nueve de la mañana en el Centenario para arreglar un asuntico”. Firmado: Comanche, que era el hijo de don Isidro Carreño y, en ese tiempo, el jefe de todos Los Masetos.

Yo le dije al *man* que no, que yo no podía comprometerme a ir por allá tan lejos. El tipo me dijo solamente: “Va, o se muere. O se va de San Vicente”. Y como yo jamás he querido irme del pueblo, pues busqué quién me llevara. Me tocó al fin con Ruperto, ¿se acuerda?, el negrito que hasta de la guerrilla sería.

Al otro día llegamos al Centenario y había ahí tres tipos con fusiles que me miraron feo.

–¿Y usted quién es? –me preguntaron

–Es que tengo una cita con el comandante, a las nueve –dije mostrándoles el papelito

–Pues muévase que son las nueve y cuarto y ya va tarde.

Más arriba me encuentro al Gonzalo, que me saluda: “ole, hermano, y usted qué hace por aquí”, y yo le cuento y él me dice: “no joda, espere le averiguo, porque si es para pellarlo le aviso para que de una vez se pierda”.

Al rato volvió y me dijo: “tranquilo, no es nada grave, estése quieto que ya lo llaman”. Al rato me llamaron, y entro y me encuentro con Comanche, un tipo alto, flaco, bien parado, de ojos azules, pelo negro y vestido de prendas militares... El tipo mejor parecido que he visto en mi vida.

–Con que usted es fulano de tal –me dijo

–Sí, señor ¿Qué se le ofrece?

El tipo se va sacando una pistola browning niquelada en la pretina, y la pone en la mesa

–Pues figúrese que estamos montando la operación San Vicente, y tenemos que matar a un poco de hijueputas que le ayudan a la guerrilla y usted y otros ciudadanos nos van a hacer el trabajito, de manera que se lleva la pistola y esta lista, se organiza con los otros que vamos a conversar, y para tal fecha nos matan unos quince que ya están haciendo estorbo

–Me muero de la pena –le dije– pero yo a eso no le *jalo*, comandante. Yo cumplí ya los cuarenta y hasta ahora ni un *tiestazo* le he pegado a nadie, y por nada del mundo voy a matar a una persona

–Es que con hijueputicas como usted es que no se puede, hasta colaborador de la guerrilla habrá de ser

–Que me toca hacerles favores para qué voy a negarle, pero siempre contra mi voluntad. Y si debiera algo pues no habría venido –aclaré

–Pues váyase, que ya le tenemos anotado el parte.

Así fue que me tocó irme a hablar con los Beltrán, que eran conocidos de la casa, y ellos me dijeron “quédese tranquilo que esto lo arreglamos”, y parece que así fue porque no volvieron a joderme. Ahora ya están hasta más allá del Litoral y hasta Betulia, de manera que no hay mucho problema. Ya se siente uno más seguro y ya la gente viaja sin problemas entre San Vicente y El Carmen. Claro que la joda se está poniendo fea otra vez por lo lados de Albania. ¿Sí supo lo del inspector de policía?

La ilusión millonaria

Arsenio Samanate (Macizo Colombiano)

Cuando creemos que hemos tocado la puerta del cielo con la mano de la suerte, se nos abre la puerta del infierno. Todo se nos cae y no nos queda más que aceptar la triste realidad. Así le ocurrió a uno de los protagonistas de esta historia...

“Un día normal, como siempre, caminaba con mis amigos de mi casa hacia la parcela de mi mamá, donde trabajábamos para nuestro sustento. Ese día la parcelita nos dejó ver un poco la suerte.

Allá había una parte cubierta de árboles, muy cerca de una de las carreteras que atraviesan el hermoso Macizo Colombiano. La guerrilla había estado transitando por esos lados. Algunos de sus hombres pararon la camioneta y se dirigieron a esa parte de la parcela. No se demoraron más de media hora, y abandonaron el lugar.

La curiosidad mata: cuando los subversivos se alejaron, fuimos a ver qué era lo que tenían ahí. La sorpresa fue grande: cuando llegamos al punto nos encontramos con una guaca millonaria. Ni siquiera supimos cuánto dinero contenía el balde, que era muy grande. Como pudimos nos la repartimos y nos la llevamos a la casa de cada uno. Como yo era el más joven de los siete muchachos, me dieron menos dinero. Desde ahí empezamos a darnos buena vida y eso fue lo que nos delató. La alegría de la platica nos duró apenas tres días, porque mientras disfrutábamos del buen momento en la cantina, con mucho traguito, los dueños del tesoro ya habían investigado a los vecinos. Ya nos tenían en la lista negra de “quien la hace la paga”.

Esa noche interrumpieron mi sueño. Entraron por la fuerza, como fantasmas, a mi casa. Fusil en mano me dijeron que entregara el dinero. Mis amigos habían corrido la misma suerte: atados las manos, los llevaban por delante, cargando el dinero.

Cuando lo recuperaron todo, nos llevaron a una parte muy boscosa y allí nos hicieron trabajar mucho tiempo como castigo. Después nos dieron la libertad.

Así pasó todo. Hoy creo que sin ser millonario también se puede vivir. Del dinero oscuro de aquel tesoro no nos quedó más que la desilusión”.

Una falsa ilusión

Edwin Robert Caldón Fernández (Macizo Colombiano)

En la mente de Elkin crecía la idea de integrar las filas del llamado Ejército de Liberación Nacional, ELN, porque le habían prometido que allá tendría una vida mejor. Un día tomó la decisión, en compañía de John Jairo, un amigo suyo a quien le había gustado la idea de irse de guerrero.

Para esas fechas se había posesionado Álvaro Uribe como presidente de la nación. En uno de sus discursos pedía a sus batallones que intensificaran la lucha en contra de los grupos al margen de la ley. Esa situación obligó a que la guerrilla en la que militaba Elkin se desplazara hacia el sur, a las montañas de Nariño.

“En ese lugar –decía Elkin– se presentó un enfrentamiento con el Ejército en el que nos vimos aislados de los compañeros del grupo. Supimos que algunos habían muerto. Estábamos únicamente cuatro personas: el comandante del grupo, alias Hamilton, su compañera, la mía y yo. Nosotros ignorábamos el plan de ellos. Por eso la estadía era tranquila. Un día, sin darnos cuenta, fuimos despojados de nuestras armas, y ellos dos se marcharon. Antes de que esto sucediera, Hamilton me había entregado cien mil pesos con los que salimos de allí, después de caminar dos días sin alimentarnos. En la carretera encontramos un vehículo que nos llevó a Popayán. Fuimos a casa de mi compañera en el Valle del Cauca, pero tuvimos problemas familiares. Regresé a mi pueblo acompañado de mi cuñada. Había pasado un año en las montañas y el Ejército había estado una sola vez en esta región”.

Como mi casa y la de Elkin estaban muy cerca, y los vínculos familiares nos unían, un día estábamos en mi casa mirando la televisión. Eran las nueve de la noche cuando un grupo de guerrilleros llegó a la casa. Elkin se encontraba en una habitación, mientras yo estaba fuera. Fui tomado por estas personas, que intimidándome con sus armas me preguntaban por él. No tuve otra opción que decirles que estaba allí. Entraron y le ataron las manos. Él trató de explicarles lo sucedido, pero no lo escucharon. Solo pedían las armas que le habían entregado. Lo llevaron como a unos 200 metros de la habitación, junto con su compañera. Fue obligado a ponerse de rodillas, y luego su propio amigo, con el que había entrado a la guerrilla, le disparó en repetidas ocasiones. John Jairo murió ocho días después en un enfrentamiento con el Ejército.

¡Pilas, civil! (Arauca)

Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

“Tené la tina. Espérame y yo voy a ver qué es lo que hay allá”, insistió Ener. Íbamos caminando derechito por la calle empedrada y arribita, en la esquina, había como diez árboles grandísimos y una bandera que decía ELN. Llevaba unos dos meses ahí, pero como nadie había visto quién la puso, pues uno no se imaginaba nada.

Esa historia se la repetía y repetía a los policías cuando estaba en el hospital, pero nada, venía otro y preguntaba lo mismo y lo mismo. Unos días antes, cuando llegué herido al hospital, me habían reportado por accidente de explosivos y me montaron vigilancia. Desde que me desperté hasta que salí, yo miraba desde mi cama para una ventana y para la otra, y siempre había policías. A cuidados intensivos no podían entrar, pero cuando me pasaron a sala de recuperación se metieron y empezaron a preguntarme una cosa y la otra, porque a mí me tenían por guerrillero. Yo les decía que era estudiante y que había caído en esa trampa por travieso. A veces les contestaba,

pero otras me ponía a llorar... Es que yo tenía quince años y estaba triste. Mi amigo estaba muerto y a mí el rostro ni se me reconocía porque quedé todo quemado.

Ese jueves, Ener y yo buscábamos a la profesora para pedirle un destornillador, porque queríamos acomodar las vidrieras. Es que en la escuela los salones tenían los marcos de las ventanas, pero estaban sin vidrios. Cuando la encontramos, la profesora tenía un morral con un termo de café y una tina con comida. Nos pidió el favor de que les lleváramos el almuerquito a unos trabajadores hasta La Gavilla. Le dijimos que listo, y nos fuimos rápido para volver a acomodar los vidrios. Mientras caminábamos me dijo: “vos no te deberías llamar Asdrúbal, vos deberías llamarte Carlos. Ponéte ese nombre y verás que te suena bien”.

Cuando vimos la bandera del ELN, Ener subió en carrera. A él lo habían mandado los guerrilleros a comprar las pilas para hacer unas minas *quiebrapatas*, y él repetía que su mayor emoción sería conseguir esas pilas para ponérselas a la grabadora que usábamos en los bailes con nuestros compañeros de clase. Hasta en la casa les había dicho a los papás que al pie de un árbol había enterrados seis pares de pilas, y que iba a sacarlas de ahí...

Pues sí, ahí estaban las pilas, y las minas también. Yo no quería que se nos hiciera tarde, pero él me contestó que no se demoraba nada... Entonces puse la tina y el morral al lado de un árbol. Cuando me iba a acercar a donde estaba Ener, se le explotó esa vaina y ahí sí no me acuerdo de nada. Perdí el conocimiento. Cuando me desperté estaba al otro lado de la calle, porque la explosión me levantó y me botó como a tres metros. Mis compañeros decían que cuando fueron a levantar a Ener, estaba sin cabeza, ya todo perdido. Yo me tocaba el cuerpo y lo sentía desgarrado, los dedos me cabían por el hueco que me quedó en el estómago.

La gente se demoró en llegar porque estaban en una reunión de padres en la escuela. Cuando llegaron yo ya había recuperado el sentido pero no me podía levantar, ni siquiera ver. Me recogieron y me llevaron para donde mi hermano, que no había llegado todavía de trabajar. Le mandaron razón pero él estaba ocupado y no creía que yo me estaba muriendo.

Como no teníamos con qué pagar un hospital, ahí mismo se reunió la comunidad para aportar plata y llamaron a un señor de La Vega para que viniera a recogerme. Ya desde allá me llevaron en ambulancia hasta Popayán, que está a seis horas de aquí. Recuerdo que llegué el viernes en la madrugada al hospital.

Cuando me desperté, me vi todo extraño y con el estómago remendado. El médico me preguntó si sabía qué día era. “Viernes o sábado”, le dije. “No, mijito, usted está perdido: hoy es martes”, me respondió. Llevaba todo ese tiempo privado por los medicamentos. Me tuvieron quince días en cuidados intensivos. Luego me pasaron a recuperación y ahí duré otros quince días, y una vez que mi hermano se fue porque le tocaba seguir trabajando, los policías pidieron la orden de salida del hospital. Llegó

el comandante y me dijo: “usted ya no tiene nada qué hacer aquí: nos vamos”. Le dije que no porque tenía que esperar a mi hermano, pero me sacaron.

Me levanté de la cama todo débil, casi no podía ni caminar. Me llevaron en un carro. Yo volteaba a mirar y decía “Policía” por todo lado. Llegamos a las oficinas del F2. Me hicieron indagaciones y dijeron que esperara a ver cómo salían las pruebas, porque como me habían interrogado varias veces tenían que comparar para ver si les había dicho mentiras. Yo estaba tranquilo porque desde el principio fui con una sola verdad. Además, pidieron un documento del Cabildo en el que dijera que yo sí era habitante de mi resguardo y que era estudiante. Ya con eso me dijeron que me podía ir para la casa. Les dije que no porque ellos me habían ido a sacar de donde yo tenía mi cama, y que si me pasaba algo era responsabilidad de ellos. El comandante como que reflexionó, y dijo que no me podían dejar ir así y que teníamos que esperar a que me recogiera un familiar. Esa noche la pasé allá, al lado de los presos, pero más o menos estaba seguro.

Al otro día fue mi hermano y me trajo otra vez para la casa. Yo no me pude recuperar bien del accidente. Me tocó irme para Valencia, otro corregimiento como a una hora de aquí, a seguir trabajando en cultivos de papa porque tenía que responder por mi mamá. Como a los ocho meses volví al resguardo y mi hermano me animó a regresar a la escuela. Con otros muchachos fundamos el colegio Santa María de Caquiona. De ahí me salí porque ya estaba enseñado a trabajar y a tener mi platica, y el estudio no me dejaba tiempo.

Ya han pasado quince años desde esa época. Ahora estoy pendiente de arreglar mi cédula para que ahí me salga el nombre que Ener me regaló: Carlos. Ese nombre lo conservo como el regalo de mi amigo muerto. Me hago llamar así, firmo así, y lo sigo llevando aunque en la cédula me llame de otro modo.

Después del accidente, los del ELN no volvieron a presentarse por aquí. La fuerza pública desactivó la otra mina que había junto a los árboles. Nunca supimos quién recogió la bandera.

No olvido a mi Chocó (Magdalena Centro)

Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

Cuando llegué a Puerto Boyacá me daba miedo hasta enamorarme, porque decían que allá todos los hombres eran *paracos*. Vine sin esposo, sin trabajo y con un niño de año y medio preguntando por el papá.

Pocos días después de haber llegado me di cuenta de que no era cierto que acá solo hubiera guerra. Encontré amigos que me apoyaban y hasta me animaban a salir de rumba. Fue en una de las fiestas en donde empecé a sentirme como en mi Chocó. Fue ahí también en donde conseguí trabajo, porque una vecina me dijo que hablara con el secretario de educación para ver si me ofrecía un puestico. Y pues sí, me dijo que podía irme como maestra a la escuela rural de Los Chorros, una vereda que está a tres horas en Carpati más cinco a pie desde Puerto Boyacá. Allá mandaban a los profesores como castigo, pero yo me fui contenta porque había encontrado un trabajo, y eso que apenas tenía el bachillerato.

Mi primer día como maestra nunca se me olvidará. Estaba en la escuela con los niños, en clase de conjuntos, cuando escuché “buenos días” y contesté igual. Ahí mismo me volteé a ver quién era, y vi que había unos setenta hombres con uniformes camuflados, armados y heridos porque venían de un combate. Cuando los miré, se me cayó el borrador y la tiza, y me senté a llorar.

Los niños me dijeron: “no, profe, no se asuste, nosotros los conocemos: él es el comandante tal, de las AUC”. Luego el comandante se presentó y empezó a hablar y a decirme que él iba a ser mi defensor y que me darían su apoyo. Lo primero que me pidieron fue un paquete de toallas higiénicas para pararle la hemorragia a los heridos.

Conmigo nunca se metieron. Antes pensaba que ellos llegaban a todas partes a hacer el mal, a matar gente porque sí, pero para mí fueron un apoyo total: arreglaron la escuela, construyeron un lugar para que viviera y estuvieron pendientes de que nunca me faltara nada. Pasé de tenerles miedo a sentirme protegida por ellos.

Después de que me fui de la vereda me trasladaron a otra escuela. Allá conocí a mi nuevo esposo, que es chocoano y docente, como yo. A Puerto Boyacá llegué con miedo a los paras y al amor, y ambos se me quitaron.

Una visión inolvidable

Héctor Almanza (Puerto Triunfo)

Producción de historia: Alirio González

En la Semana Santa de 1980, en el municipio de Puerto Triunfo, mi hermano y yo salimos a las tres de la tarde a pescar. Después de casi tres horas de remar río arriba llegamos a Dos Bocas, donde se le une el río San Juan al Rioclaro. Dormimos sobre la arena hasta las nueve. Al despertar, la noche era tan oscura que no veíamos más allá de nuestras narices. Como conocíamos muy bien el río comenzamos a pescar

río abajo con la ayuda de nuestras linternas. No llevábamos más de media hora de tirar nuestras redes cuando de repente, en una playa que reducía el caudal del río, vimos una canoa grande, nueva y muy bien hecha, con dos tripulantes dentro de ella y uno más parado en la playa. Sus vestimentas eran negras y ajustadas a sus cuerpos, como las que utilizan los buzos. Al alumbrarlos con las linternas, para sorpresa de nosotros, pudimos ver que en sus cabezas no tenían caras, sino que despedían luces fosforescentes. Al ver esto se nos pusieron los pelos de punta, la piel de gallina, y sentimos frío hasta los huesos. Sin mediar palabra alguna pasamos junto a ellos, apagamos las linternas para no verlos más. Estando lejos de la playa murmuramos sobre lo que habíamos visto, sentimos miedo, mejor dicho mucho temor, por aquella inesperada visión; tanto así, que nos olvidamos de pescar y salimos como alma que lleva el diablo. Nunca supimos quiénes eran ni de dónde venían, ni volvimos a ver una canoa tan bonita y tan bien hecha como la que vimos aquella inolvidable noche.